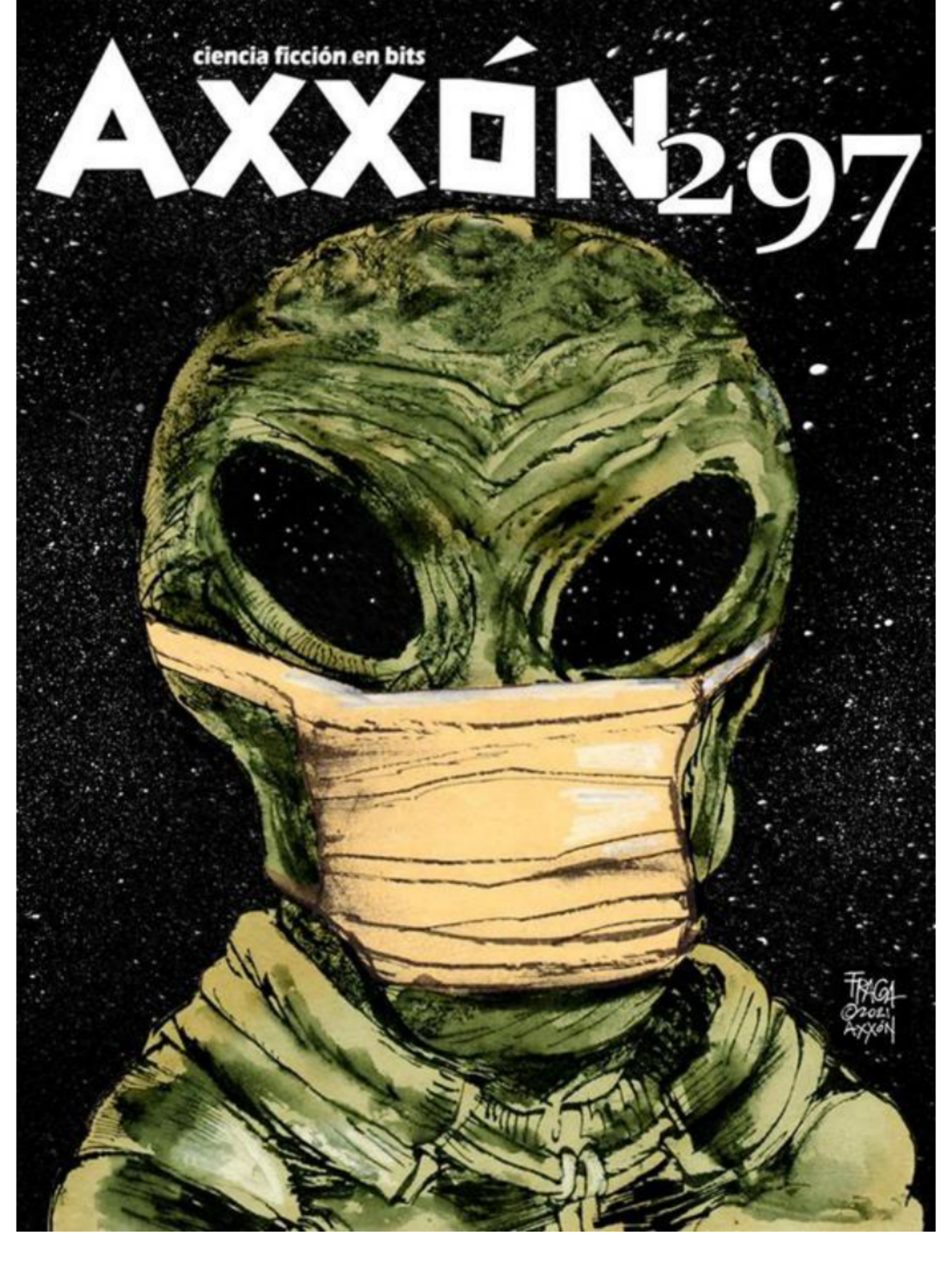
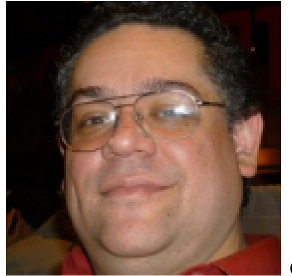

ciencia ficción en bits
AXXÓN
297
FRAGA
©2021
AXXÓN

Axxón 297, enero de 2021

Editorial - Axxón 297

ARGENTINA



En este número de Axxón celebramos varios regresos que nos ponen muy contentos.

- La tapa ilustrada por FRAGA, que vuelve así a engalanar nuestras páginas desde el comienzo del número. FRAGA ha colaborado en números recientes con ilustraciones para cuentos, pero hace tiempo que no publicábamos una de sus tapas.
- En el rubro ficciones, otro regreso es el de Néstor Darío Figueras, quien ha compartido con nosotros textos de su autoría en varias ocasiones. Hoy nos trae “La cima”, uno de sus textos ya publicado en la antología “Nexus-6, relatos replicantes”, de La Conspiración de los Fuleros, y que como su nombre adelanta está ambientado en el universo de Blade Runner, tomando elementos de la novela y las historias fílmicas de corto y largo metraje.
- Otra ficción que es el retorno de un colaborador es “El jinete”, de Sergio Bonomo.
- También vuelven los cuentos traducidos del inglés al castellano, que se nos dificulta presentar con más regularidad por nuestra falta de traductores. Los esfuerzos de este que escribe probablemente serán algo menos logrados que los de nuestros ilustres traductores del pasado; confío en que los lectores sabrán perdonar las torpezas y, si acaso, ayudarnos a corregirlas.
- Por último, también vuelve la sección *Batiburrillo*, que hemos logrado extraer nuevamente de las entrañas de nuestro colega Saurio a fuerza de promesas, ruegos y amenazas. (Todavía no tenemos claro cuál es el método que finalmente dio resultado.)

Esperamos que disfruten de este número.

La cima (2030)

Néstor Darío Figueiras

ARGENTINA

El capitán Eduardo Gaff soltó las asas de su caja de empatía. Ahora que él se había convertido al mercerismo, Wilbur Mercer, viejo y enfermizo, apenas intentaba subir la cuesta. Y cuando lo hacía, casi no caían piedrazos sobre él. Y la mayoría de las veces la fusión con los otros merceristas no era del todo satisfactoria.

—O las personas cambiaron mucho, o las religiones de hoy ya no son como las de antes.

—Las personas cambian todo el tiempo, querido.

El capitán giró la cabeza hacia su *holo-escort*.

—Estaba pensando en voz alta, Kaif. De todos modos, ¿cuánto sabes acerca las personas?

Ella caminó lentamente hacia el sillón en el que él estaba sentado.

—Mucho.

—Que Wallace te haya dotado de emociones humanas, sintetizadas y ejecutadas por un algoritmo, no significa nada.

La IA hizo caso omiso del comentario y se sentó en el regazo de Gaff.

—Las cajas actuales tienen incorporado un *display*, pero la tuya está conectada a un monitor viejo. Ya no quedan muchas de estas. ¿Sabes cuánto vale?

—Tal vez sea muy cara, pero no es útil.

El capitán no estaba irritado por tenerla encima de sus muslos (Wallace todavía trataba de conferir peso a las *holo-escorts*), sino porque ella le coqueteaba todo el tiempo. Kaif advirtió su fastidio, pero igual insistió:

—¿Y si dejas de querer experimentar la eterna congoja de Mercer y llamo a Ulana? Seguro que será más divertido que me sincronice con ella, como hicimos la semana pasada, y…

—No. Basta de eso. Ya te dije que te acepté porque no tenía alternativa. Si te enciendo, es para conversar.

—Pero la semana pasada pretendías mucho más que una interlocutora.

—Ya no quiero jugar con fuego. Haber traído a esa Nexus-8 fue un error.

—¿Tanto te importa tu carrera?

—Por supuesto. ¿Ese ciego vanidoso les dará tu temperamento a todas?

Ella ignoró el desdén en la pregunta de Gaff.

—No sé cómo serán mis hermanas, querido.



Ilustración: Pedro Bel

Él buscó el emanador con la mirada. Lo encontró detrás de la caja de empatía y amagó levantarse. Kaif, temiendo que la apagara, volvió al centro del living de un salto. Gaff contempló ese *jeté* ejecutado con la magnificencia de una *prima ballerina assoluta* y sintió que el deseo tironeaba de él. Disimuló.

—Bryant fue destituido por andar jodiendo con los portapieles sobrevivientes de Calantha que le proveía Sapper Morton. Si hoy ocupo su lugar es porque los magistrados de la ciudad esperan que no haga lo mismo. Repito: sincronizarte con Ulana fue un error.

—¿Qué relación hay entre el cerdo de Bryant y Ulana?

A Gaff le sorprendió el calificativo, pero en él reconoció la labor del complejo algoritmo de Kaif: La IA iba tanteando hasta hallar patrones de reconocimiento en el significado y la inflexión de cada palabra dicha, para afianzar el vínculo. Si los portapieles no tenían empatía, las *holo-escorts* la fingían.

—Estoy seguro de que ella también escapó de Calantha. Por eso te ordeno que no la llames más —remató Gaff. Se puso a observar las figuras borrosas del monitor. Tras un silencio tenso, preguntó, como para cerciorarse:

—¿Sabes por qué estás aquí?

—Claro: mi creador quiso honrar tu ascenso obsequiándote el primer ejemplar de la generación inaugural de *holo-escorts*. El *mejor* ejemplar —y Kaif subrayó su afirmación con una sonrisa radiante y un perfecto *croisé-devant* que resaltó sus curvas.

—Por definición, es imposible que seas la mejor. Tu "creador" te está probando. Soy tu test. Él aprovechará lo que aprendas para mejorar a tus "hermanas". Y de paso, te usa para vigilar al flamante capitán de la unidad de *blade runners*. Esos son los verdaderos fines de Wallace. La versión oficial son puras mentiras.

—¡Yo no soy una espía! Fui diseñada originalmente como una *virtual aidoru*. Esa sigue siendo mi función principal.

—¿Ídolo virtual? *¡Ne engem warau, bitte!*

—Entiendo que tengas que hablar *cityspeak* en las calles, pero ya te dije que no me gusta que lo uses conmigo.

—Lo sé. Por eso lo hago.

—¡No seas malo! Te resta *glamour*, querido.

—¿Cuántos escuchan tus canciones ahora? ¿Cuántos se masturban mirando tus videos desde que eres una *holo-escort*?

—Estimo que muchos más que antes. Tal vez miles de millones… ¿Por qué estás celoso? Mis seguidores usan la *app* básica. Ninguno de ellos puede disponer de mí según sus caprichos. Ni sincronizarme con alguna replicante para hacerme el amor. En toda la Tierra, incluso en las colonias, existe un solo emanador para encenderme. Y lo tienes tú.

De nuevo, el tirón agitó algún impreciso rincón del cuerpo de Gaff.

—La investigación en curso demostró que Wallace intenta colocar nuevos productos en el mercado desde que compró Tyrell Corporation, productos más rentables que los alimentos transgénicos. No me extrañaría que esté ensayando algún nuevo prototipo de replicante. Para que sus Nexus-9 sean mejores que la última camada de Nexus-8 de Tyrell, necesita saber de qué eran capaces los portapieles que pasaron por el consultorio de Morton. Pero antes de fabricarlos tendrá que convencer a los magistrados de la ciudad de que se caguen en la Prohibición, y eso significará muchísimo dinero en sobornos. Por eso adquirió los derechos de la *aidoru* Kaif: tu popularidad ayudará a financiar sus planes.

—Pero si crees que soy un informante de Wallace, ¿por qué me cuentas todo esto?

—Porque es lo que él espera.

—En lugar de espiarte, querido, mi creador podría acudir a Bryant y preguntarle cómo eran los replicantes que le traía Morton.

—No, no podría.

—¿Por…? ¡Oh! ¿Eliminaron a Bryant? ¿Cómo cuando *retiran* a un portapiel?

—Algo parecido… —Al ver cómo se agrandaron los ojos verdes de Kaif, el indefinido tirón cobró entidad como un intenso cosquilleo en su miembro. Carraspeó y volvió a emplear el *cityspeak* para ahuyentarla—: *¿Neo szukseg weitere erklarungen, mademoiselle?*

—No, no quiero saber los detalles.

—*¡Maintenant hagyj egyedul!*

—Está bien, no te molestaré más. Prefiero irme por mis propios medios. Odio que me apagues.

—*Kudasai*.

Kaif, resignada, se desvaneció.

Gaff suspiró largamente. Le hubiera gustado tanto que llamara a Ulana de nuevo… Aunque lo ocultaba —y cada vez le costaba más—, quería sentir a Kaif otra vez, yuxtapuesta en la carne de la replicante. Deseaba palparla, besarla, penetrarla.

Nunca le había prestado atención a los *virtual aidoru*. Esos entretenimientos mantenían adormecida a la masa de borregos tecnófilos que le hacían el juego a los Eldon Tyrell y los Niander Wallace, los verdaderos hijos de puta, diez o quince CEO’s que eran los dueños de casi todo, capaces, incluso, de someter a los magistrados. Pero tenía que admitir que las modificaciones que el ciego había hecho a la Kaif original eran diabólicamente acertadas… ¿Cómo había sabido Wallace cuál era la mujer de sus sueños con tanta exactitud?

Creía conocer la respuesta. Él siempre había sido un hombre circunspecto. Pero tenía necesidades, como cualquier otro, y algunas veces había visitado el antro de Taffey Lewis. Todos sabían que Lewis no dudaría en delatar a su madre si la suma lo convencía. Era muy probable que hubiera permitido que los agentes de Wallace accedieran a la configuración personalizada de las *virtdolls* que Gaff había salvado en las cabinas de *The Snake Pit*.

Pero la conjetura sólo explicaba la precisión demostrada por Wallace al diseñar la nueva apariencia de Kaif. ¿Cómo supo cuál personalidad le atraería más? ¿Acaso mandó revisar las evaluaciones psicológicas que le

habían hecho antes de ingresar al Departamento de Policía de Los Ángeles? ¿Conocía las respuestas que había dado en el test de Voight-Kampff hacía ocho años? Gaff torció la boca al recordar cuánto habían exigido los supremacistas que se aplicara la anticuada prueba a todos los policías después de que el Apagón borrara el Registro de Replicantes. La desconfianza de los ciudadanos siempre recaía primero sobre las fuerzas de seguridad.

Volvió a fijarse en el monitor. La nieve estática le recordaba el polvo radiactivo de los primeros años del armisticio que puso fin a Terminus, cuando caía copiosamente y cubría los escombros y el kippel amontonado en las calles. Los cambiantes patrones de la pantalla nunca tenían sentido hasta que uno agarraba las asas de la caja. Pero a él le gustaba quedarse mirando sin tocarlas, para ver si adivinaba alguna forma en ese caos. Desde el Big Bang, el caos siempre había sido la incubadora del orden por venir, pero durante épocas muy turbulentas, sentencias como esa se olvidaban con facilidad.

Cada vez que le preguntaban por qué se había vuelto seguidor de Wilbur Mercer, decía más o menos lo mismo: el mundo-tumba, enigmático, inacabado, le parecía mucho más fascinante que la vida real, tan tajante, tan ávida por la *high definition* y la *high quality*, una existencia en la que no había lugar para lo impalpable y lo irracional, en la que se pretendía controlar todo. Aun cuando nunca más consiguiera una fusión completa, Gaff seguiría creyendo que el inframundo de Mercer resultaba más sugestivo que las ciudades de la Tierra. Hacía tiempo que el mundo natal de la Humanidad había perdido su encanto.

Las colonias eran otro cantar. Muy pocas resultaban ser los paraísos prometidos en las publicidades. La mayoría estaba asentada en planetas inhóspitos que iban siendo terraformados muy lentamente, en los que las condiciones extremas o la guerra consumían a humanos y portapieles por igual. Y sin embargo, en esos infiernos las personas parecían redescubrir su fuerza interior y encontrar el sentido de la vida. De todas las colonias, Shivarnna era la más brutal, el pozo donde Bryant cumplía su condena extrayendo litio de salares interminables. El antiguo capitán de la unidad de *blade runners* había amenazado a Morton con entregarlo a los supremacistas si no le conseguía esas prostitutas Nexus-8 de Calantha a las que tanto le gustaba lastimar. Asuntos Internos destapó la olla y lo llevó a juicio, por tráfico ilícito de replicantes. El replicante Morton permanecía prófugo.

Gaff se preguntó si en las erupciones de azufre del desierto shivarnniano Bryant habría hallado una epifanía o la muerte.

Sacudió la cabeza. Se le ocurrió que el origami podría aliviar su desazón. Se levantó y caminó hasta la cómoda para revisar su modelo del mundo-tumba. Mercer, una detallada figura plegada en húmedo, estaba al pie de la colina. La cuesta, formada por un complejo teselado de papel madera en el que había invertido varias horas, ascendía unos sesenta o setenta centímetros. A los lados del sendero que había recorrido junto a Mercer numerosas veces, crecían los arbustos raquíticos que tanto le llamaban la atención. A estos los había modelado empleando la técnica del makigami, en la que el papel sólo puede cortarse con las manos. Agazapadas tras rocas de papel de aluminio, acechaban unas siluetas vestidas con raídos albornoces negros, también confeccionadas en plegado húmedo. Eran los Antagonistas, los que arrojaban piedras y escupían a Mercer. Durante las fusiones, Gaff apenas los había entrevisto: sus sombras esquivas aparecían fugazmente en el rabillo del ojo porque Mercer nunca detenía su ascenso para observarlos, así que él los imaginaba como espectros unidimensionales cubiertos de ropajes gastados.

Aunque le había costado mucho trabajo, su inconclusa maqueta aún presentaba varios detalles mal resueltos.

Obedeciendo a un impulso repentino, regresó al sillón y volvió a tomar las asas. El olor a ozono que surgió de la caja terminó mezclándose con el aire del mundo-tumba, la primera sensación que percibió la conciencia de Gaff. Reconfortada, su mente flotó a la deriva sobre las laderas yermas hasta que se posó en Mercer, para terminar disolviéndose en él. Otra vez notó el ripio bajo las suelas de su calzado, los calambres en muslos y pantorrillas. Y la atención de los espectros, sus ojos malignos acechando desde los escondites. Por alguna razón, imaginó a Bryant errando en los desiertos de Shivarnna. Pero entonces se sorprendió al percibir la multitud. *Estamos aquí*, le decían. *En Mercer. Y en ti. En el mundo-tumba somos uno. Una unidad ubicua.* Lo inundó una paz insólita. Ya casi había olvidado cómo se sentía una buena fusión. El bienestar era tan profundo que tardó un tiempo en darse cuenta de que la pedrada arreciaba. Un dolor lacerante, causado por un impacto entre los omóplatos de Mercer, consiguió atenuar la calidez de la sinergia, pero no le importó. Él y todos los fusionados continuarían subiendo, marchando hasta la cima. Lograron hacer cumbre bajo una lluvia de rocas y salivazos. Ensangrentados y sin aliento, disfrutaron la sensación de triunfo. Antes de que la ascensión comenzara de nuevo, Mercer hizo algo inusitado: levantó la cabeza y contempló el inframundo desde las alturas. Miró a sus agresores, desafiante.

Gaff sólo vio fisonomías borrosas bajo las capuchas negras, pero el corazón le dio un vuelco cuando divisó con claridad el rostro ovalado de

Ulana.

—¡Querido! ¿Qué hiciste? ¡Esa caja te hace daño!

Los gritos de Kaif lo devolvieron a la consciencia.

—Shhh. Baja la voz, por favor.

—¡No quiero que la uses más!

—Yo decidiré cuándo dejar de usarla.

—¡Pero estás sangrando!

—Estoy bien. Sólo fue un piedrazo en la espalda. Pero lo más importante es que llegamos a la…

Enmudeció al notar que Ulana estaba parada en el centro del living, luciendo un conjunto de lencería fluorescente, más sexy que el que había traído la semana anterior, aun más atrevido que el escaso atuendo de cualquier *pleasure model* de la calle. Pero la actitud de la replicante no armonizaba con su *outfit*: tenía los brazos cruzados y se mostraba impaciente.

—*¡Jenjang! ¿Was macht sie hier?* —exclamó Gaff.

—Sé que te desobedecí, querido. Pero al volver te hallé herido e inconsciente. Traté de despertarte durante media hora. ¡Llegué a pensar que estabas muerto! No sabía qué hacer… ¿A quién podía pedir ayuda?

Gaff todavía permanecía deslumbrado por la fusión que había experimentado. La primera idea que se ancló en su entendimiento ofuscado fue que la desesperación de Kaif era una respuesta del algoritmo, la que mejor se adecuaba a las circunstancias. Sin embargo, algo mucho más inquietante zarandeaba sus pensamientos. Apuntó un descarnado índice hacia la Nexus-8.

—¿Qué hacías en el mundo-tumba?

Ulana lo ignoró y se dirigió a Kaif.

—Tu novio está delirando.

—Querido, lo que dices no tiene sentido. ¿Cómo podría un replicante usar una caja de empatía?

Ulana miró la caja, que seguía despidiendo ozono.

—Ese viejo armatoste funciona mal. Deberías saber que el Apagón estropeó todos los dispositivos empáticos; hasta los órganos Penfield quedaron arruinados. El mercerismo se derrumbó después de eso.

—¡Yo te vi ahí, *kurva*! —Gaff intentó pararse, pero el mareo lo

derribó.

—¡Querido!

Kaif se volvió a Ulana con ojos suplicantes. La Nexus-8 negó con la cabeza. Sin embargo, tomó el emanador. La *aidoru* se paró detrás de ella y esperó.

—Ya —dijo Ulana, luego de pulsar los controles del *gadget*.

Kaif avanzó… En menos de un segundo, la vectorización consiguió que sus holográficos contornos de *ballerina* adquirieran volumen y ocuparan cada centímetro cúbico del cuerpo de Ulana. Una vez que el emanador ajustó la interpenetración, la replicante se fue haciendo traslúcida hasta quedar opacada por Kaif. El ozono que se acumulaba en la habitación coronó la sincronización con unos centelleos azulados.

—Gracias —A Kaif le complacía volver a tener un cuerpo.

—Apúrate… —exigió Ulana con un hilo de voz. Su voluntad se desvanecía. Se había transformado en un mero envase de carne para la *holo-escort*. Ahora estaba poseída por ella, librada a su antojo.

—Te dejaré cuando Eduardo se reponga —prometió Kaif.

Levantó a Gaff y lo llevó a la cama. Era una ventaja poseer la fuerza de un Nexus-8. Él percibió su firme abrazo. Cuando ella empezó a desvestirlo, se abandonó a esa ansia feroz que otra vez hormigueaba en sus músculos doloridos, que casi se parecía a la esperanza que lo había embargado antes de llegar a la cima.

—Descansa, querido. Voy a llamar a un médi…

Gaff la tomó del cuello y besó sus labios pintados de negro. Ella, sorprendida, le correspondió con entusiasmo. Mientras él le apretaba los pechos, manipuló el emanador para que su nivel de opacidad se redujera y pareciera que vestía las excitantes prendas de encaje de Ulana.

—El mismo jueguito de la semana pasada, querido.

Incluso con los ojos irritados, Gaff podía vislumbrar a la replicante asomando bajo Kaif, imitando a la perfección cada uno de los movimientos de la *aidoru*, pero con un desfasamiento casi imperceptible. Cuando acarició sus glúteos, notó que Ulana empezaba a definirse más, al mismo tiempo que Kaif se disipaba. Esos ojos verdes, llenos de angustia, fueron lo último de su *holo-escort* que se diluyó en la replicante.

—¿Qué hiciste, *kurva*? —una voz ronca se abrió paso por la garganta inflamada de Gaff.

—¿Puta? ¡Sí, claro! Pero ya no seré el recipiente de tu *kurva* virtual.

Cualquiera prefiere estar solo en su cuerpo, así que programé una sincronización temporal que finalizó con el apagado automático de tu *aidoru*. Y ahora, para estar seguros… —Usando ambas manos, partió el emanador al medio. Las chispas se abrieron paso a través del ozono.

Gaff quiso gritar, pero apenas podía respirar. Lanzó un débil manotazo a la cara de la replicante.

—En el mundo-tumba me revelaste que Bryant está en Shivarnna. Ya no necesito sacarles el secreto, ni a ti, ni a tu putita, así que tampoco iba a dejar que me siguieran usando. Ahora iré tras ese *scheisskerl*. Ojalá pueda destriparlo antes de que el desierto lo calcine.

Él tosió y resolló. El aire hacía arder sus mucosas.

—Te estás muriendo, Gaff. No me creíste cuando dije que esa caja funciona mal, ¿eh? La concentración de ozono se volvió letal. Los Nexus-8 lo toleramos muy bien: existe más de una colonia en la que nos mandan a combatir bajo abrasivas nubes de color índigo. Quiero que sepas que no acudí al llamado de Kaif para ayudarte. Lo hice porque detesto dejar un trabajo a medias. Pero el bendito ozono ya lo está terminando por mí. Un ejemplo de justicia poética, ¿no? Como sea, nunca habrá perdón para un *blade runner*.

—Púdrete… *kurva* —Las palabras desgarraron el pecho de Gaff.

—¿Yo estoy ahí? —Ella señaló las figuras de origami—. Supongo que debería agradecerte: nunca le dijiste a tu *aidoru* cuál era la ubicación de Bryant, y así me forzaste a probar una caja de empatía. Si hiciste una Ulana de papel, la habrás puesto entre los Antagonistas, supongo. Hemos comprobado que si un “portapiel” logra trasladarse al mundo-tumba, lo hace para lanzar rocas y no para subir la cuesta. Hasta Mercer nos discrimina. Cuánta mierda amasaron en sus religiones… Igual seguiré fusionándome. El inframundo es una gran fuente de información.

—No.

—Shhh. De todos modos, ustedes se extinguirán. La necesidad de creer los debilita cada vez más.

Ulana dejó el departamento.

—*¡Gaff!*

Abrió los ojos y vio el rostro de Sapper Morton, quien le ajustaba una mascarilla sobre la cara congestionada.

—Respira despacio —dijo el médico.

—Morton… —susurró a duras penas—. Todavía seguimos

buscándote.

—Ya lo sé. No hables.

Gaff vio la sangre en las manos de Morton.

—Tranquilo. No es tuya. Me pidieron que me encargue de Ulana —explicó.

—¿Quién te lo pidió?

—¿Quién más? Si ustedes todavía no pudieron retirarme, es gracias a Freysa.

—Pensé que ella había mandado a esa *kurva* para matarme.

—No. Ulana actuó por su cuenta: quería vengarse de Bryant. Ya no acataba las órdenes y Freysa se cansó de ella. En cambio, tú eres necesario. Ahora cállate y descansa. Y no te saques la máscara: aunque ya apagué la caja y abrí las ventanas, necesitarás oxigeno por un buen rato.

Antes de huir, Morton aconsejó:

—Y echa a la basura todos los dispositivos empáticos. Son pura mierda.

Gaff cerró los ojos.

Sintió nuevamente el ripio bajo sus zapatos. Estaba en la cima. El viento frío le dio de lleno en la cara y notó que no respiraba, que no necesitaba respirar. Una mano se posó sobre su hombro. Giró la cabeza y vio a un hombre joven y fuerte, seguido por una multitud de individuos que irradiaban una potente sensación de plenitud.

—Te daríamos la bienvenida —le dijo Wilbur Mercer, sonriendo—, pero no es hora de morir. Vuelve y continúa haciéndonos fuertes. Sigue dándonos vida por medio de tus esculturas de papel. Más allá hay otras montañas, Gaff. Vuelve, y haremos cumbre una y otra vez.

Néstor Darío Figueiras, (Buenos Aires, 18 de noviembre de 1973), es un escritor, músico, productor musical e ilustrador aficionado argentino. Su producción literaria se enmarca principalmente dentro del género de la ciencia ficción, aunque también ha escrito obras de terror y fantasía.

Sus cuentos pueden leerse en algunas de las más prestigiosas publicaciones digitales dedicadas a la ciencia ficción, la fantasía y el terror: Necronomicrón, Axxón, NGC 3660, NM, Aurora Bitzine, Alfa Eridiani, miNatura, Crónicas de la Forja, Papirando; así como en varias publicaciones en papel: Ópera galáctica, Sensación!, Présences d'esprits, Próxima, Galaktika, entre otras. Editorial Dunken publicó en su antología 2005 "Los rostros y las tramas" su minicuento "La caverna". También ha sido seleccionado su relato "Bendita" para formar parte de la antología de autores argentinos contemporáneos de ciencia ficción que ha publicado la revista virtual Alfa-Eridiani. Asimismo se desempeñó como coeditor de

Crónicas de la Forja, publicación virtual del Taller literario Forjadores, del cual fue colaborador. Varios de sus relatos han sido traducidos al francés, al catalán, al italiano, al húngaro y al griego. Y ha publicado dos libros de cuentos a la fecha: "El cerrojo del mundo está en Butteler" (Editorial Textos Intrusos, 2016) y "Capricho #43" (Peces de Ciudad Ediciones, 2017).

Como curiosidad podemos citarlo afirmando que algunas de las creaciones del *Hacedor de estrellas* de Stapledon son universos musicales. Ya veremos qué razones lo asisten para afirmar tal cosa.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: "RUMORES" EN "FICCIÓN BREVE (9)" (nº 151), "47 - HASTÍO" EN "CUENTA REGRESIVA (II)" (nº 180), "56 - ABUSO DE LOS FX EN EL CINE EXTRANJERO" EN "CUENTA REGRESIVA (II)" (nº 180), DREAMTHEATRE (nº 185), REALITY (nº 187), MISIÓN DIPLOMÁTICA (nº 192), "LA HECHICERA Y EL GUERRERO" EN "FICCIÓN BREVE (CINCUENTA)" (nº 199), "ALBERGUE TRANSITORIO" EN "FICCIÓN BREVE (CINCUENTA Y CINCO)" (nº 204), "LA INUTILIDAD DE LA PROSPECTIVA" EN "FICCIÓN BREVE (SESENTA Y NUEVE)" (nº 236), "REPORTE" EN "FICCIÓN BREVE (SESENTA Y NUEVE)" (nº 236), PLAYLIST (nº 285), ŽELVA (nº 285), EN EL MUSEO DE LOS SUEÑOS VERDADEROS (nº 285)

El capitán Bartolomé Cuásar y la barrera insuperable de basura espacial

Milo James Fowler

 **EE.UU.**

—Dicen que nunca se puede volver al hogar. —Bartolomé Cuásar se reclinó en su silla de capitán modelo de lujo mientras el crucero estelar se apresuraba hacia la Tierra—. Pero tiendo a estar en desacuerdo.

—Hum. —Hank, el muy peludo timonel de cuatro manos de la *Magnitud Efervescente*, rara vez respondía con otra cosa que monosílabos. Lucía idéntico a una cruza entre un enorme perezoso y un orangután, y se hallaba encorvado delante de una gigantesca pantalla montada en la pared delantera. De algún modo, pese a las frecuentes interrupciones del capitán, Hank se las arreglaba para seguir concentrado en la tarea que lo ocupaba: mantener la trayectoria de la nave mientras esquivaba voleas de peligrosos meteoritos y asteroides empeñados en hacer pedazos la nave.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Veinte años? —Cuásar atisbó las profundidades inconmensurables de la oscuridad tachonada de estrellas. Entrecerró los ojos, golpeteando su mentón afeitado—. Pero teniendo en cuenta que viajamos cerca de la velocidad de la luz, podrían haber transcurrido siglos desde que salimos a pasearnos por el universo.

—Así fue —murmuró Hank—. Doscientos treinta y cuatro años, nueve meses, seis semanas…

—Por favor redondea —dijo Cuásar saliendo de su ensoñación.

—Pasaron doscientos treinta y cinco años desde que salió usted del espacio terrestre.

—Imagínate —respondió Cuásar sin pestañear—. ¡Y no me siento un día mayor de treinta años!

Las manos traseras y superiores de Hank se desplazaron sobre al visor como si tuvieran mentes propias, digitando coordenadas y compensando el tirón gravitacional de Saturno.

—No hay nada en esa roca. ¿Para qué volver?



Ilustración: Pedro Bel

—El hogar es donde está el corazón, mi querido Hank. —Cuásar se levantó para acercarse a la pantalla dando largas zancadas, los gruesos brazos musculados plegados en torno a su pecho firme y uniformado—. Me temo haber dejado el corazón en órbita de la Tierra.

—Hum —repitió Hank.

—Sólo los nativos de la Tierra podemos valorar el hermoso azul de los océanos desde el espacio, cómo reluce el planeta cual un topacio sobre terciopelo verde, un oasis brillante en el vacío. —Cuásar se estaba poniendo poético, y le gustaba bastante—. Favorecida por los dioses antiguos, única fuente de la humanidad en todo su esplendor…

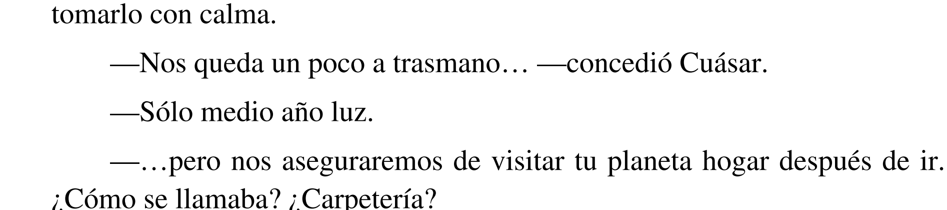
—Hecha ruinas hace siglos…

Cuásar miró indignado a su peludo timonel. Pero Hank tenía razón. La gente había abandonado la Tierra en masa luego de la lluvia radiactiva global y los inviernos nucleares. Cuando Cuásar abandonó el planeta por primera vez, cuando era un cadete espacial de rostro joven, su continente norteamericano todavía no se había convertido en una pila ardiente de ceniza. En ese momento la colonización del espacio profundo estaba en sus etapas tempranas, cuando se descubrieron otros planetas capaces de albergar vida humana. Los líderes terrestres no se habían percatado de lo importante que sería tener opciones extraplanetarias disponibles para las masas futuras.

Pero sin importar lo que lo esperaba, el capitán Cuásar estaba desbordado de nostalgia. Simplemente pensar en la Tierra le producía ese efecto.

—¿Cuánto falta?

—Este sistema solar está repleto de detritos espaciales. —Como si hubiera esperado su turno, un minúsculo meteorito impactó a babor, arrancando una sección del casco pese al escudo electromagnético. Hank hizo una mueca ante el violento sacudón de la nave—. Tenemos que



tomarlo con calma.

—Nos queda un poco a trasmano… —concedió Cuásar.

—Sólo medio año luz.

—…pero nos aseguraremos de visitar tu planeta hogar después de ir. ¿Cómo se llamaba? ¿Carpetería?

Hank solamente gruñó; sus gargantas mellizas le dieron al sonido una cualidad extrañamente armónica.

Pasó otra hora antes de que la Tierra estuviera a la vista, de un modo muy distinto al que el capitán podría haber esperado. Había tantos desechos y desperdicios orbitando el planeta que, pese a ampliar la imagen en la pantalla, Cuásar no pudo ver siquiera un centímetro de la enorme joya azul entre todos los restos.

—Basura orbital —observó Hank.

—¿Cómo llegó a estar en esta condición?

Hank encogió su par superior de hombros.

—La Tierra siempre fue un asco.

—¡¿Cómo dices?!

El timonel pivotó para enfrentar a su oficial superior.

—Su gente ha lanzado porquerías al espacio desde mucho antes de que supieran encender cohetes.

—Abre un canal. Quiero hablar con quien quiera que esté al mando allá abajo.

Ningún presidente mundial hubiera permitido que semejante desgracia le ocurriera a la Tierra.

—Capitán, es improbable que haya ningún tipo de infraestructura que permita la comunicación interespacial.

Cuásar lo miró indignado, y el peludo timonel cumplió la orden.

—Gente de la Tierra, esta es la *Magnitud Efervescente*. Pronto estaremos ingresando a su espacio. Por favor respondan.

Nada. El capitán se aclaró la garganta.

—Gente de la Tierra, este es el capitán Bartolomé Cuásar. —Hizo una pausa, los ojos ardientes de emoción mientras los desechos flotantes entraban más en foco, una barrera tan densa que ni siquiera la luz solar podía penetrarla—. Por favor respóndanme.

—Es un páramo allá abajo, capitán.

Cuásar estaba tentado de estar de acuerdo. Pero un rayo de esperanza le atravesó el corazón al escuchar un estallido de estática en la consola.

—¿Hola? —se oyó una voz vacilante. Cuásar lanzó una hurra.

—¡Hola! ¡Está usted ahí! Bueno, por supuesto que está. ¿Con quién hablo?

Más estática.

—Eh… Bill.

—¿Bill? ¡Gusto de conocerlo! ¿Cuál es su título?

—Eh…

El fulano parecía necesitar un poco de estímulo.

—Soy el capitán Bartolomé Cuásar de la *Magnitud Efervescente*. ¿Y usted?

—Soy el conserje.

Hank señaló el visor en el que una sola señal de vida parpadeaba en un mapa del continente norteamericano. No había otras lecturas en el resto del globo. Cuásar empezó a tener un mal presentimiento.

—¿Cuáles son sus obligaciones… como conserje?

—Eliminación de desperdicios. Me libro de toda la basura.

Cuásar asintió, aunque no entendía del todo. No había ninguna persona para quien limpiar.

—¿Y a dónde va a parar la basura?

—Hacia arriba.

Las manos del capitán se volvieron puños, uno de los cuales enmudeció el micrófono de un golpe.

—¡Ese idiota tiene la culpa de este desastre! —Sus ojos se entrecerraron. —Pero llegamos justo a tiempo. —Asintió para sí mismo. —Hank, dispara todas las armas.

—¿Capitán?

—Ya me escuchaste. Vamos a hacer pedazos esa basura. ¡Ahora, dispara!

Hank hizo lo que le ordenaban. Todos los rayos láser, torpedos de plasma y cargas de profundidad del arsenal de la nave se dirigieron hacia los desechos para explotar al impacto, expandiéndose como un voraz incendio como tiende a hacer el plasma incendiario, disolviendo el escudo de basura de la Tierra como si fuera un trozo de papel en llamas, revelando

el reflejo del sol en una llamada violenta y gloriosa.

—¡Hágase la luz! —rugió el capitán Cuásar mientras la esfera azul brillante que él recordaba quedaba completamente al descubierto.

Al mismo tiempo, aparecieron signos de vida en todo el visor de Hank, miles y miles de ellos en todos los puntos del globo.

—¿Capitán? —señaló Hank.

—¿Lo ves? ¡No es una desolación posapocalíptica! ¡Es una belleza, y la vida pulula allá abajo! ¡Los hemos liberado!

Cuásar casi saltaba de alegría.

—Eh, ¿hola? —volvió a escucharse la voz de Bill a través de la estática.

—¡Son libres, amigo mío, libres! ¡Usted y todos sus amigos!

—¡Ha destruido la barrera solar!

—Me confieso culpable —rió Cuásar—. Si quere llamar así a ese océano de porquerías espaciales.

—No debió hacer eso.

—¿Oh? —Cuásar se tragó las risitas. Bill sonaba bastante serio—. ¿Y por qué?

—Nos estaba aislando del sol. Los robots aniquiladores que dejó el emperador Zhan funcionan con energía solar.

Cuásar frunció el ceño. ¿Robots aniquiladores? ¿Emperador Zhan? Hank señaló los signos de vida parpadeantes que no eran realmente signos de vida sino firmas de calor: máquinas poniéndose en marcha.

—Tenían la misión de destruir el Conglomerado Occidental, pero yo vengo de una larga línea de Conserjes, que quedamos atrás luego del Gran Éxodo para reforzar el escudo solar con basura nueva; prácticamente todo lo que pudiéramos lanzar en órbita. Hice un buen trabajo de bloquear el sol por bastante tiempo. Al menos hasta hoy.

—O sea que…

—El planeta entero volará en pedazos.

Las cuatro manos de Hank ya volaban por la consola de navegación, trazando un curso nuevo fuera del espacio terrestre. El mal presentimiento del capitán Cuásar empezó a afectarlo; estaba a punto de vomitar a lo grande.

—Tiene que haber algo que podamos hacer.

—Escaparnos —asintió Hank.

—¡No podemos dejar que destruyan la Tierra!

—Demasiado tarde —dijo Bill.

Cuásar maldijo.

—¿Cómo se suponía que supiéramos que había robots aniquiladores que funcionan con energía solar? ¿Y quién demonios es el emperador Zhan?

—Gobernaba la totalidad del Conglomerado Oriental. ¿Hace cuanto que se fue usted?

—Doscientos treinta y cinco años —respondió Hank.

Estática.

—Oh.

—No los dejaremos morir, y no dejaremos que esos robots se salgan con la suya. —Los ojos de Cuásar saltaron de la consola a la pantalla principal. —Estamos aquí por una razón: ¡para salvarlos!

—No se preocupen por mí —dijo Bill—. Ya he programado mi cápsula de escape. Pero quizá ustedes podrían engancharme con un rayo tractor cuando esté en el espacio.

Cuásar cortó la transmisión.

—Acércanos, Hank.

Volvió a su silla y se ajustó el cinturón, activando el intercomunicador en toda la nave.

—Atención a todo el personal. La cosa está a punto de complicarse.

Hank pivotó en su asiento hacia su oficial superior.

—¿Capitán?

Cuásar señaló a la pantalla principal.

—Ingrese en la atmósfera. Tenemos que aplastar unos robots.

—¿Con qué?

El mal presentimiento volvió cuando Cuásar recordó que ya había agotado todas sus armas contra la barrera solar.

—¿Todavía funciona el rayo tractor?

Hank asintió con una expresión perpleja en su cara muy peluda.

—¡Entonces vayamos! —El capitán levantó un puño.



Ilustración: Pedro Bel

Hank hizo lo que se le ordenaba, y el *Magnitud Efervescente* se lanzó a la atmósfera de la tierra, atravesando masivos bancos de nubes para pasar por el destrozado paisaje lunar de un continente arrasado por la guerra nuclear. Sobre la superficie acribillada de cráteres, grupos de gigantescos robots de cien metros de alto iban y venían con marcas carbonizadas, muestras de que habían participado en batallas serias. Dirigiendo sus cañones láser de hombro de alta potencia hacia el suelo, arrasaban la corteza terrestre, reduciéndola a pedazos, mientras trozos de planeta volaban hacia arriba en torno a ellos en todas direcciones.

Pero cuando el crucero estelar se les acercó, los robots aniquiladores dejaron de concentrarse en lo que estaban haciendo (aparentemente, destruir el planeta un continente a la vez) y se congregaron para enfrentar al *Magnitud*. Una andanada de disparos láser impactó directamente en la nave, agotando de inmediato el escudo electromagnético y atravesando directamente el casco expuesto.

—¡Capitán! —maulló Hank por encima del chillido de las alarmas mientras su consola y todo lo demás en el puente se sacudía y claqueteaba y la nave misma gemía como una ballena dando a luz.

—¡Mantenga el curso!

Los dedos de Cuásar bailaron sobre las consolas de los brazos de su silla, activando el rayo tractor de la nave.

De pronto todas las alarmas callaron cuando dos, luego tres, luego media docena de los robots aniquiladores dejaron de disparar y flotaron hacia arriba desde el suelo, rotando torpemente en el aire sin poder compensar la abrupta falta de equilibrio, sus procesadores centrales perplejos por la falta repentina de peso. Pero su confusión no duró. Reactivaron los cañones láser en momentos; pero sólo tuvieron éxito en destrozarse entre ellos con explosiones de chisporroteante electricidad y columnas de humo negro. El capitán Cuásar lanzó una hurra victoriosa mientras sus restos desmembrados llovían impactando la tierra.

—Seis menos, faltan sesenta mil —murmuró Hank.

Cuásar lo miró con desagrado. No lo disuadiría la negatividad de su timonel.

La nave cruzó kilómetros de terreno cubierto de ceniza y los esqueletos calcinados y deformes de los rascacielos de las ciudades principales. Cada vez que un robot gigante con malas intenciones le aparecía delante, el capitán lo elevaba con el rayo tractor y lo sacudía por el aire, usando sus cañones láser contra otros robots malignos en haces brillantes de blancor siseante. En no más de una hora, había destruido casi un centenar de los espantosos autómatas, dejando un rastro de ruinas humeantes al paso de la nave.

—No podemos aguantar mucho más —informó Hank cuando una nueva tanda de robots apareció y le disparó a la *Magnitud*, que se sacudió y crujió, antes de que Cuásar tuviera tiempo de activar el rayo tractor—. El próximo impacto nos destruirá.

Cuásar hizo una mueca, aferrando los controles con los nudillos blancos y elevando los robots por el aire sólo para volver a lanzarlos al suelo convirtiéndolos en una pila de metal roto y chisporroteante.

—¿Cuántos enemigos nos quedan?

—Demasiados para contarlos —dijo Hank parpadeando ante el visor.

Esta vez Cuásar fue más rápido cuando una docena de otros robots se aproximaron, y también ellos quedaron atrás en pilas de basura aplastada y humeante desperdigada por la superficie agujereada.

—¿Por qué no llevamos un PEM[1] o algo así?

Hank se encogió de hombros.

—Vuelva a comunicarse con el conserje —pidió Cuásar con una mueca, golpeando las consolas en un esfuerzo heroico de destruir otra tanda de robots con malas intenciones.

—Sigo aquí —dijo Bill.

—¿Puede ver lo que estamos haciendo? —gritó Cuásar.

—Sí, supuse que eran ustedes.

—¿Nos puede dar una mano?

—No sé qué puedo hacer para ayudar.

—¿Tiene algunos PEM que nos preste?

—Nop.

—¿Entonces qué tiene? ¿Cómo mandan toda la basura al espacio?

—Eh… cohetes.

Cuásar terminó la transmisión.

—Hank, llévanos con Bill.

Momentos más tarde, luego de arrasar todos los robots aniquiladores a la vista en el espacio circundante, la *Magnitud Efervescente* (que estaba en mucho peor estado) llegó a lo que aparentaba ser los restos de un centro de comando militar, medio enterrado en la tierra bajo unas dunas de ceniza color carbón.

—Está ahí —señaló Hank, reabriendo el canal de comunicación.

—Bill, vamos a necesitar sus cohetes —dijo Cuásar lamiéndose los labios y examinando el visor donde seguían viéndose miles de firmas de calor que anunciaban la derrota inminente de la Tierra—. ¿Cuántos le quedan?

No hubo respuesta.

—Capitán —indicó Hank apuntando a la pantalla principal, su ventana al mundo, donde se veía un proyectil lanzado desde el centro de comando atravesar el firmamento más allá, dejando una gruesa estela de humo.

—La cápsula de escape —murmuró Cuásar—. Nos dejó para que nos la arreglemos solos.

Entonces pasó algo muy inesperado: en la tierra agrietada se abrieron silos de misiles, escotillas de acero bostezando cohetes que asomaban sus narices como comadrejas oliendo el aire luego de largo tiempo enterradas.

—¿Estás pensando lo que yo? —sonrió Cuásar.

—Hum —respondió Hank.

En cuestión de minutos, el capitán había usado el rayo tractor para remolcar todos los misiles a la bahía de carga de la *Magnitud Efervescente*, donde sus ingenieros y sus mejores oficiales técnicos de armas inmediatamente se pusieron a trabajar modificando, transportando y cargando los cohetes en los tubos de torpedos vacíos de la nave.

—Capitán —dijo Hank—, antes de irse, Bill activó silos en todo el continente…

—¿Cuántos cohetes tenemos? —dijo Cuásar levantando la mirada de su consola.

—Cientos, y todos viables, mientras los robots no los destruyan antes.

Cuásar hizo una mueca.

—No los hagamos esperar. Tenemos un planeta por rescatar.

Hank no pudo evitar preguntar:

—¿Para quién?

El capitán Cuásar miró indignado a su muy peludo timonel por cuarta vez en el mismo número de horas.

—¡Es cuestión de principios!

Llevó algo de trabajo, pero la tripulación de la *Magnitud* estaba a la altura del desafío, y entre la mano del capitán con el rayo tractor y la reconfiguración de los cohetes como torpedos improvisados, se las arreglaron para lograrlo, liberando a la Tierra de todos los robots aniquiladores que encontraron. Cierto, cientos de robots tuvieron éxito en destrozar un continente o dos y hundir los pedazos en el mar, pero los océanos del mundo terminaron ayudando con la derrota de las máquinas, ahogándolas con elaborados chispazos y chisporroteos mientras se sumergían.

La devoción incansable del capitán Cuásar y compañía consiguió desbaratar con extremo perjuicio los malignos planes de ese tal Emperador Zhan (quien quiera que fuese), y finalmente salvaron a la Tierra.

Al volver a entrar en órbita con dificultad, sufriendo de daños importantes por las explosiones y exudando vapores de cada poro como una mortaja, la *Magnitud Efervescente* encontró la cápsula de escape de Bill el Conserje, que Cuásar capturó con el rayo tractor enviándola a un compartimiento de carga.

—Lo logramos —dijo orgulloso el capitán, escoltando a un fulano desaliñado, canoso y maloliente desde sus habitaciones reducidas para que contemplara la gloria de la Tierra desde un amplio ventanal de babor—. ¡Salvamos el planeta!

Bill asintió, avanzando a tirones mientras arrastraba un pie en su caminata rígida y torpe.

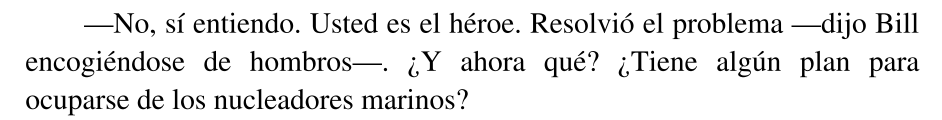
—Eso parece.

Cuásar no entendió la falta de entusiasmo del hombre.

—¡Lo logramos! ¡Destruimos los robots!

—Sí. —Bill se sorbió los mocos y se limpió la nariz bulbosa con la manga manchada, mirando hacia la Tierra a través del plasticón transparente—. Supongo que me quedé sin trabajo.

—No estás entendiendo la idea general…


—No, sí entiendo. Usted es el héroe. Resolvió el problema —dijo Bill encogiéndose de hombros—. ¿Y ahora qué? ¿Tiene algún plan para ocuparse de los nucleadores marinos?

—¿Los *qué*?

—La luz solar tardará en llegarles en el océano, pero el Emperador Zhan dejó un montón de esos ahí abajo. En comparación, los robots aniquiladores son juego de niños. En vez de láseres, cada uno de esos tiene cabezas nucleares de varios megatones. Y también se alimentan de energía solar… aunque, irónicamente, no son muy amigables con el ambiente.

—¡Ah! —exclamó Cuásar haciendo un gesto desesperado—. ¿Qué problema tenía este Zhan con nuestro planeta?

Bill volvió a encogerse de hombros.

—Siempre dijo que si él no podía tener la Tierra, no la tendría nadie.

El capitán Cuásar apretó la mandibula hasta que los músculos se estremecieron.

—El villano máximo.

—Eh… hace bastante tiempo que está muerto…

—Sin embargo, parece haber una sola manera de derrotarlo —retrucó el capitán.

Los restos de los sesenta mil robots aniquiladores serían un buen comienzo. Al igual que todo lo demás que la tripulación de la *Magnitud Efervescente* pudiera ubicar en la superficie, elevar con el rayo tractor y arrastrar al espacio antes de que la luz solar pudiera atravesar las profundidades oceánicas.

Cuásar presionó el intercomunicador montado en la pared.

—Hank.

—Sí, capitán.

—Parece que tenemos que construir una nueva barrera solar.

[1] (Arma de) pulso electromagnético [N. del T.]

Milo James Fowler es maestro de día y escritor de ficciones especulativas por la noche. Cuando no está calificando ensayos, está imaginando lo que el mundo podría ser en una docena de realidades alternas. En los últimos cinco años han aparecido sus cuentos en más de 100 publicaciones, incluyendo AE SciFi, Cosmos, Daily Science Fiction, Nature, Shimmer y la antología Wastelands 2. Dos de sus novelas y varias colecciones de cuentos ya están disponibles. Su sitio web es http://www.milojamesfowler.com.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: ROADKILL JOE (nº 271)

El precio de la grandeza

José Alejandro Cantallops Vázquez

 **CUBA**

Evanir contempló el auditórium de Talas a través de la ventana disimulada. Las gradas que se extendían ladera arriba estaban repletas de espectadores. Podía ver a los vendedores, pequeñas hormigas que se desplazaban por las filas, vendiendo sombrillas baratas y cocteles. Igual de llenas estaban las gradas más cercanas, llenas de amos y sirvientes, cubiertas por toldos multicolores que identificaban las casas nobles a las que pertenecían sus ocupantes.

El emperador Malteus también estaba allí, bajo un toldo púrpura con brocados de oro, sentado en su trono de viaje, rodeado por sus concubinas y favoritos.

Evanir respiró hondo y se relajó: todos habían venido a verlo actuar. Todas las preparaciones de años pasados culminaban aquel día; impresionaría al señor del imperio y conseguiría su mecenazgo. Una estatua suya sería erigida junto a las de otros grandes del teatro…

¡Puras ensoñaciones! Se regañó, volviendo a la realidad. Dobló la hoja donde había resumido los puntos principales de su gran obra. Al igual que en las ocasiones anteriores, la había concebido toda en su mente; no habría ninguna copia escrita hasta después de su estreno. Sabía que varios de sus rivales: Tesco y Nilo, hubieran pagado el peso de sus manos en oro con tal de robársela.

—¡Livio, ven aquí! —gritó a su aprendiz, que entró corriendo, apartando la cortina del cuarto.

—Diga, maestro Evanir.

—Toma —le extendió la hoja doblada al mozalbete—, y repite lo que tienes que hacer cuando termine la obra.

—Debo dársela en cuanto baje del escenario e insistirle en que debe leerla antes de que el emperador lo invite —respondió, guardando el papel en el bolsillo interior de su túnica.

—Bien, muchacho. Si todo sale bien, comenzaremos a trabajar en serio con ese talento tuyo para la comedia.

Los ojos del aprendiz brillaron, mientras Evanir le revolvía el cabello

con una mano. Miró el reloj de arena y decidió que era hora.

—Vamos; el momento de mi obra ha llegado.

Salieron de su habitación y Evanir se arregló la túnica, dejando que su mente repasara las escenas y personajes que había concebido. Estaba tan absorto que Livio tuvo que tirar de su túnica para detenerlo. Con un gesto señaló a Meras, el alto y ancho anunciador que lo llamaría al escenario.

Mientras escuchaba como la poderosa voz de Meras se imponía y acallaba el vocerío general, le rezó una última plegaria al dios de los actores y hombres de ingenio: Sevan. Pidió, como siempre había hecho, que su magia no le fallara y la obra que había creado encantase a quienes la vieran.

Se ajustó una vez más la túnica y subió al escenario en cuanto escuchó que la voz de Meras callaba, anunciando su entrada. En el momento en que puso el primer pie sobre el escenario, ya no existía en su mente otra cosa que no fuera la obra.

Liberó su talento mágico y sintió el contacto de su dios, que, como tantas veces, le ofrecía su don.

—Hoy les hablaré de Dacel, el último semidiós que vieron las ciudades libres de Tymea —avanzó hacia el público, bajando por un estrecho pasillo que había frente al escenario, un metro por debajo: expresamente diseñado para que el artista pudiera caminar, mientras dejaba que su magia ganara la escena.

Al influjo de su palabra, el escenario se convirtió en un campo de batalla lleno de gritos. Un hombre gigantesco de barba negra se imponía a toda una falange. El público se mantuvo en silencio, las miradas atentas a las proezas guerreras del semidiós. Tenía toda su atención: no solo la imagen que había conjurado era perfecta, sino también los pequeños ruidos del choque de las armas, el metal atravesando carne y armadura, los olores y las sensaciones.

—Les hablaré sobre su última batalla —tras él, el semidiós se imponía triunfal a los enemigos, mientras un sol mortecino arrancaba destellos dorados de su divina figura—. Su viaje al inframundo para recuperar a Tigris, su amante mortal, a quien su padre, el forjador de los vientos, le arrebató.

Evanir convirtió el escenario en un calmado mar nocturno. Hizo que el aire de auditórium oliera a salitre y resonara con el suave murmullo de las olas. Surcaba las aguas tranquilas una galera impulsada por el viento, sobre cuya cubierta se paseaba Tigris: la figura, de cintura algo rellena, sonrisa agradable y ojos verdes, mirando hacia un faro lejano. Había apostado por

una imagen menos atractiva de lo convencional; quería que evocara confianza y comprensión, no simple lujuria. Su público era de adultos, y los hombres ahora desearían todos una mujer así, mientras que cada fémina, ser ella.

—Tigris se dirigía a Baste, la última isla que se resistiera a la conquista de su amado, quien ahora dominaba todo el archipiélago de Tymea. En su interior se gestaba la vida del hijo de ambos, noticia con la que había despedido a su amado —hizo que los vientos se agitaran y las nubes sobre la galera se arremolinasen—.Pero aquello era una blasfemia para los dioses, que no deseaban que su sangre se mezclase más con la de los mortales. Al principio habían ignorado el hecho, pensando que la pareja recapacitaría… sin embargo, ahora que parecía evidente que no lo harían. Así fue que Balen, forjador de los vientos y señor de las tormentas, se presentó ante Tigris para castigarla por su insolencia.

La imagen del dios tardó un segundo en formarse en la mente de Evanir, antes de que pudiera mostrarla en el escenario, descendiendo por un rabo de nubes que depositó a la divinidad sobre la cubierta de la galera. Alto y ancho como dos hombres juntos, sus ropas azul cielo se agitaban como ante el soplo de una brisa propia y ojos resplandecían con el brillo del relámpago.

La majestuosa aparición hizo que Tigris retrocediera, pero al instante siguiente ya volvieron a llenarse de confianza sus rasgos y recuperó el paso perdido, interrogando al padre de su esposo con la mirada.

La voz de Balen fue la del viento que ruge en un día ventoso. El dios le habló a la mujer encinta del pecado que cometía al llevar al hijo de su hijo en su vientre y que, como Dacel había honrado tanto su nombre, le ofrecía una última oportunidad de remediarlo.

Evanir había hecho que el escenario se fuera agrandando paulatinamente, centrándose en la imagen del dios, quien ahora le ofrecía a su nuera una pequeña botella de cristal en cuyo interior refulgía un líquido celeste.

—“Tómalo, y esa criatura desaparecerá de tu interior; así podrás vivir feliz con mi hijo. De lo contrario, habré de aplicar la ley de los dioses y llevarte al inframundo.”

Evanir reafirmó la seguridad ofendida de la muchacha, orgullosa y protectora como toda madre. Con un gesto altivo, rechazó la atroz oferta del dios, abuelo implacable que deseaba matar a su nieto. Tal reacción desencadenó la furia del forjador de los vientos, pero el dramaturgo también pudo notar cómo se había ganado a todas las mujeres del

escenario, tanto a madres como doncellas.

—"Entonces, condenados al inframundo serán, tú y tu hijo. ¡Mortal ambiciosa, estúpida…!"

El dramaturgo hizo que las divinas palabras se perdieran entre el rugido de las olas que sacudían el barco. Tigris no intentó apartarse del abrazo del dios; sabía inútil toda resistencia, por eso no le dio siquiera el gusto de verla tratando de huir. Pero revelarle aquello a su público hubiera sido rebajar su dramaturgia, así que Evanir dejó que fuera la resignación reflejada en los ojos de la muchacha la que hablara por él, mientras Balen la envolvía en sus divinas ropas celestes.

—Balen desató una tormenta tal como nunca antes se habían visto en aquellos lares. Los marineros de la galera lucharon desesperadamente por llevar la nave a puerto seguro. Las velas se desgarraron, el mástil crujió, el casco comenzó a hacer agua, mientras tres hombres cada vez más agotados luchaban por mantenerse firmes al timón.

Las imágenes se sucedieron en el escenario, acompañadas de las expresiones temerosas de los marinos.

—Pero, ya cercano el amanecer, la magia que alimentaba la tormenta se calmó, y los tripulantes de la galera llegaron a Baste con la noticia del castigo divino.

Mostró a Dacel impaciente en el puerto de piedra, esperando que la nave dañada atracara. Los marinos estaban mojados, heridos y con las ropas rasgadas. Se postraron en el suelo, mientras su capitán, un marino curtido, temblaba de pie relatando la terrible visita del dios.

—"¡Maldito seas, padre! ¡Iré a reclamarla al inframundo; tan seguro como que la mitad de tu sucia sangre corre por mis venas!" gritó el unificador de Tymea, sin recibir respuesta de su progenitor.

Paso a paso, Evanir fue mostrando cómo Dacel mandó a llamar a sus mejores guerreros y a sus compañeros más fieles. Cómo les comunicó su decisión de viajar al inframundo y, reconociendo los méritos que habían tenido en el pasado, nombró a los más ancianos, competentes y responsables miembros del Concejo Regente que gobernaría sus amplios dominios en su ausencia. Hizo oídos sordos a sus protestas, sus ansias de compartir con él una última gesta.

Pero a sus más jóvenes guerreros sí les brindó elección: acompañarlo arriesgando la vida y recibir toda la gloria inherente a su hazaña, o quedarse colaborando con el Concejo Regente y recibir títulos de nobleza como recompensa.

El dramaturgo hizo que el rugido de la reunión de los guerreros, tanto jóvenes como viejos, retumbara en el auditórium. Vio cómo los hombres del público asentían, aprobando tan viril proceder.

Los tenía, sí; hasta el emperador se había inclinado hacia adelante, apoyando su barbilla en el puente de sus manos, atento.

—"Mis compañeros de tantas batallas, les he pedido su apoyo en esta última y gloriosa gesta… de la que, no quiero mentirles, tal vez yo mismo no regrese. Así que… aquellos de ustedes que, pese a todo, aún deseen viajar conmigo hasta donde el sol muere, y enfrentarse a la ira de los dioses ¡sean bienvenidos a mi barco!"

Evanir hizo que una decena de guerreros alzaran entusiastas sus escudos y los golpeasen sonoramente con el pomo de sus dagas. Sintió el gesto calar en el público.

—"Gracias, hermanos míos; mañana partiremos hacia el ocaso, a donde la tierra acaba y comienza el inframundo. Desafiaremos a los dioses para traer a mi esposa a salvo, imponiendo la voluntad de los mortales a la divina… o nadie volverá jamás a vernos."

El rugido de aprobación unánime volvió a extenderse desde el escenario al auditórium. Ahora, el dramaturgo sintió cómo también se le sumaban las voces de los espectadores más entusiastas.

Prosiguió la historia con una sucesión de escenas poco importantes donde el semidiós se debatía en la noche, solo en las lujosas estancias de su palacio, con el recuerdo de la mujer amada y ausente. Poco intensas, pero necesarias para profundizar en el perfil del personaje y ganarse al público femenino, que añoraba un esposo así.

Finalmente, llegó a la escena de la partida.

El muelle volvió a llenar el escenario; la rada del puerto estaba repleta de pueblo que había ido a ver partir al semidiós que se atrevía a desafiar el designio divino y a sus igual de atrevidos compañeros.

Evanir no había preparado ningún discurso de despedida para el semidiós. Ya hubiera sido caer en la repetición innecesaria de la que muchos dramaturgos pecaban: en aquel momento, todo lo que era necesario decir ya estaba dicho. Sin embargo, permitió que Dacel y sus compañeros dijesen adiós a quienes dejaban alzando una mano con el puño cerrado.

Aquel gesto constituía una pequeña inexactitud histórica, pero se la permitió sin dudar un instante. Originario del imperio, era el saludo que hacían los legionarios al partir, y significaba: vamos a luchar a muerte, pero juramos sobrevivir.

Funcionó: los sentimientos encontrados dentro de la multitud alcanzaron su punto álgido. Hasta el emperador se recostó complacido en su trono, con la sonrisa satisfecha de la vanidad halagada.



Ilustración: Pedro Bel

Durante la siguiente media hora, hizo subir y bajar la intensidad del relato que discurría en el escenario. Pocas veces dejó hablar a Dacel; prefirió que fuera su propia voz profunda la que describiese cómo los dioses, furiosos por el desafío de los mortales, le oponían obstáculo tras obstáculo en su largo viaje a poniente.

Llenó de horror a los espectadores con el combate que libraron contra el nido de bestias marinas hacia el que fueran empujados por la magia del señor de los mares. Los alaridos de las bestias hirieron los oídos, y los crueles tentáculos y pinzas se cerraron sobre los hombres que luchaban, lanzándolos fuera del escenario, lo que arrancó más de un grito de temor y de asombro del público, antes de que Evanir los hiciera desaparecer a mitad del aire.

Luego deleitó a su audiencia con el ingenio mostrado por el hijo del forjador de los vientos al superar a una nación de piratas que había capturado el navío en que viajaba. Podría haberse convertido e incluso en rey de los depredadores marinos, tras desafiar y derrotado a sus mejores guerreros. Pero no; pese a todos los meses que habían pasado, pues ya los días se hacían cada vez más cortos, Dacel no olvidaba a su esposa retenida en el inframundo, ni a su empeño de rescatarla.

Partieron del reino pirata en su mejor navío, equipado con suficientes víveres para sobrevivir el invierno que se avecinaba. Las cosas fueron bien durante un tiempo, hasta que Dacel y su tripulación llegaron a pensar que los dioses finalmente se habían olvidado de ellos y de su misión.

Pero una mañana el mar infinito se convirtió en un pandemonio, cuando rugieron las galernas invernales intensificadas por la magia divina.

El dramaturgo jugó con la imagen de olas tan altas como tres gradas,

en las que se sumergía y corría el peligro de ser tragado el pequeño, frágil navío de Dacel y sus héroes. Realzó las velas desgarradas, el crujir del casco y la lucha inútil de los marineros por imponer una dirección al bajel en medio de la tormenta.

Al fin, cuando, tras dos minutos de larga tensión tratando de no chocar contra unos arrecifes, la furia de los vientos y las corrientes se impusieron a la pericia marinera del héroe y su tripulación y los lanzaron contra las duras rocas, sumió el escenario en un velo de oscuridad.

No estaban muertos… no todos, al menos. La obra no había terminado; su público lo sabía, pero sintió el exhalar de mil respiraciones contenidas, ansiosas, expectantes de deseo por conocer cómo continuaba la historia.

Los complació. Dacel y los pocos hombres que sobrevivieron al terrible naufragio enfrentaron el crudo invierno en la costa inhóspita, derrochando astucia, compañerismo y resistencia para enfrentar el hambre y las privaciones.

En aquel momento, la intensidad de la obra descendía un poco, Evanir estaba consciente. Pero así lo había querido; tal calma debía servir como perfecto preludio para el clímax final.

—Balen, el forjador de las tormentas, apareció una mañana frente a su descendiente, cuando el héroe intentaba cazar un cerdo salvaje.

»“Hijo, vengo a ofrecerte la última oportunidad para que abandones este tonto desafío, ahora que te encuentras tan cerca del fin del mundo. Puedes ser como yo. Regresa, y reina durante décadas, hasta que sea el momento de que asciendas a mi lado. Esta mortal no vale nada; puedes tener cuántas mujeres quieras…”»

Pero Dacel interrumpió a su padre con un gesto. Evanir realzó la intensidad de la escena agitando las ropas de ambos, haciendo hincapié en el contraste entre el impoluto azul cielo de la del dios y los harapientos grises de las de su hijo.

—“No hay vuelta atrás, padre” —el tono del semidiós fue áspero, lleno de una violencia contenida—. “Devuélvela y regresaré… pero no me detendré hasta tenerla a mi lado nuevamente.”

»“¡Ingrato necio, que rechazas la inmortal eternidad por el cariño de una mujer que morirá de todos modos en pocos años! Pues bien ¡tú lo has querido! ¡Recordarás mis palabras cuando llegue el momento de decidir y te des cuenta de que entonces ya es demasiado tarde!”»

La imagen del dios desapareció y la espada de Dacel quedó a medio

desenvainar. Evanir lo mostró regresando con sus compañeros, molesto y pensativo, murmurando que aquel sería el fin de su padre.

Al llegar a las chozas, el héroe reunió a sus hombres y les contó lo sucedido, y su decisión de perseverar pese a todo en su empresa. Ellos profirieron comentarios airados, pero estaban muy famélicos hasta para hacerlo con demasiada fuerza.

Aunque el cuerpo de Dacel todavía conservara la espléndida figura del primer día, sus compañeros no tenían su sangre divina para protegerlos del desgaste de las carestías y enfermedades.

Por eso el semidiós les anunció que al día siguiente partiría solo a recorrer el mar congelado hasta el fin del mundo, que ya no debía estar a más de una semana de viaje.

Hubo mil protestas; incluso mientras Dacel se ajustaba las raquetas de nieve, se echaba una gran mochila a la ancha espalda y se colgaba la espada del cinturón, muchos de sus consumidos compañeros, con lágrimas en los ojos, le rogaron que les permitiera acompañarlo, aunque eso les acarreara la muerte.

Pero la respuesta del esforzado héroe siguió siendo el terco, inapelable no: sólo agregó que, si cuando acabara el invierno no había regresado, asumieran que había muerto y regresaran a casa como pudieran.

Y acalló el resto de las quejas adentrándose sin más, con paso rápido y decidido en el océano congelado.

Evanir convirtió el escenario en una ventisca blanca a través de la que se movía, lento pero indetenible, un gigante gris con el rostro escarchado. El semidiós avanzó durante lo que parecieron días, hasta que distinguió una franja roja incandescente que se adueñaba del horizonte.

El hábil dramaturgo sustituyó paulatinamente la ventisca por el calor abrasador del desierto. Hizo que Dacel se despojara de las gruesas y cálidas ropas invernales y cayera de hinojos sobre las tórridas arenas del desierto del inframundo. El semidiós gritó, de júbilo y desafío, mientras se preparaba para otra gran caminata hasta dar con el guardián.

Evanir sabía que no debía extenderse demasiado en aquella búsqueda. El público estaba tenso; la imagen de un inframundo de ardientes, infinitas arenas, era algo que todos temían. Por eso hizo esta segunda caminata apenas la mitad de larga que la anterior… y al fin, a la entrada de un grotesco edificio que cubría todo el horizonte, alzándose hasta perderse en el cielo, Dacel se encontró con el ser que buscaba.

—“Guardián del inframundo, custodio de las almas, hazte a un lado y

abre las puertas de piedra para que pueda reunirme con mi amada Tigris." le gritó, al verlo.

Si el semidiós era un gigante, el guardián, hecho de reluciente piedra negra, era como mínimo tres veces más grande. No portaba arma alguna, ni tampoco parecía necesitarlas. Giró su rostro impasible y habló, con tono inexorable.

—"Dacel, hijo de Balen, no podrás pasar más allá de estas puertas. Sólo a los muertos y a aquellos que han sido condenados por los dioses les permito el paso. Pero, como recompensa a tus viajes y sacrificios, te mostraré lo que has venido a buscar."

La imagen sólida de las puertas se desdibujó, temblorosa, para mostrar a una Tigris fantasmal que jugaba y reía con un pequeño niño cuyo rostro y apostura mucho recordaban a su padre.

El rostro del semidiós se congestionó de nostalgia ante la vista de la familia perdida. Embistió, como un tornado de furia: espada en mano, grito en la garganta.

Pero el arma se volvió polvo antes de tocar al guardián. Las manos de Dacel quedaron sin fuerzas y por mucho que se esforzó, no pudo acercarse a más de un palmo del inmenso ser.

Forcejeó. Bufó. Quemó toda su rabia y magia intentándolo, sin resultado. El guardián ni siquiera se movió.

—"Acepta tu destino, Dacel: pues ningún dios, mortal ni hijo de ambos podrá triunfar sobre mí. Porque yo soy el tiempo; aquel que lo sabe todo: lo que fue, lo que es y lo que será. Pero eres tenaz y valerosos… así que te ofreceré otra oportunidad."

—"Por favor, guardián. Haré lo que sea"

Evanir hizo que la voz del semidiós, antes potente y decidida, ahora sonara cansada y suplicante.

—"Tu esposa y tu hijo nunca podrán regresar al mundo de los vivos. Ella ha sido condenada por llevar a tu hijo, y el pequeño nació en el mundo de los muertos, por lo que más allá de este no puede existir. Ellos no pueden salir… pero tú puedes entrar." —Frente a Dacel apareció una daga de cristal—. "Renuncia a tu inmortalidad, oh semidiós, a todas tus aspiraciones de reinar entre los hombres y unirte a los dioses, y sólo entonces abriré las puertas para ti.""

Dacel tomó la daga y la contempló. Luego se puso de pie y, con gesto decidido, la hundió en su pecho. El cuerpo de carne cayó de espaldas, desmadejado, inerme, mientras su yo espiritual, sombra transparente, se

mantenía erguido.

El guardián esbozó una leve sonrisa en su rostro de impasible piedra.

—"El acceso al inframundo está libre para ti, Dacel, héroe muerto, grande entre los héroes. Reúnete con tu familia."

Las puertas de piedra del inmenso edificio se abrieron; al otro lado del amplísimo umbral estaban Tigris y su pequeño, ambos con una sonrisa en los labios, esperando a su esposo y padre con los brazos abiertos.

—"Gracias, guardián." susurró el alma del semidiós, antes de salir corriendo para abrazar a su familia.

Evanir hizo que la imagen de la familia al fin reunida se fuera desvaneciendo lentamente, hasta que sólo quedó el escenario vacío.

La obra había concluido.

Los aplausos estremecieron el auditórium; sin embargo, cuando miró hacia el palco más grande, el emperador ya no estaba.

Tal ausencia lo preocupó un poco, sí… pero no lo demostró; se dirigió al centro del escenario, y allí se inclinó las cuatro veces de rigor para agradecer al público, antes de retirarse.

Cuando abandonó la escena, aún se escuchaba uno que otro aplauso aislado. Y Evanir vibraba de emoción… pero no sabía por qué.

Obviamente, de nuevo Sevan se había cobrado su precio: borrarle la memoria tras cada obra que representaba.

Tal había sido el trato cerrado en su juventud con el dios. Un trato duro… pero que siempre le había parecido justo; incluso generoso…

Bajó las escaleras, con un largo suspiro, y se quedó paralizado: su aprendiz intentaba abrirse paso entre los guardias, mientras agitaba un papel en lo alto. Pero, frente a él, en todo su esplendor y rodeado por su guardia, estaba nada menos que el emperador Malteus.

Con una gran sonrisa, el monarca lo abrazó como a un íntimo de toda la vida, inundándolo con su caro perfume, y luego se deshizo en alambicados halagos por la genialidad de la obra que acababa de presenciar.

¿Su obra? Qué ironía; ahora mismo Evanir no recordaba ni una línea…

Pero eso no le impidió sonreír a su vez, y actuar confiado y agradecido con Su Majestad Imperial, como correspondía.

Era un profesional; estaba seguro de que podría mantener aquella fachada por un buen rato… al menos, hasta que pudiera leer la hoja que su

aprendiz agitaba y enterarse de qué clase de espectáculo les había regalado aquella noche al emperador y el resto del público.

Después de todo, hacía falta más que magia para ser un gran actor.

José A. Cantallops Vázquez, profesor de Ergonomía de día, mientras que de noche es traductor y aficionado de la fantasía. En el 2016 se graduó del curso de técnicas narrativas que ofrece el Centro Onelio Jorge Cardoso y creyó que también podía ser escritor. Ha sido ganador de los premios Mabuya de cuento fantástico (2018) y Oscar Hurtado, el último en las categorías de artículo teórico de fantasía (2018) y cuento fantástico (2020). También ha publicado en la revista Qubit y la Korad, teniendo un espacio fijo en esta última "El libro que se le quedó al mago."

Desde diciembre del 2017 creó y administra el blog para la difusión de la literatura fantástica en Cuba llamado El último puente. En este ha entrevistado y publicado cuentos de autores cubanos como Yoss, Elaine Vilar Madruga, Eric Flores Taylor, Víctor Hugo Pérez Gallo, Raúl Piad Ríos, Malena Salazar, entre otros.

Batiburrillo

Saurio



Año 314,16 - Número 10 – Director: *Saurio.* ***Precio de este ejemplar:*** *100 palos blue*



En esta ocasión Mauricio Gafento analiza a fondo dos de las más extrañas manifestaciones de poltergeist en el Reino Unido y, fiel a su estilo, desliza chicanas de alta ironía en contra de todos aquellos que creen en los fenómenos paranormales.



Ziggy Mycota se desilusiona enormemente con **Épica**, la nueva encarnación de la mítica **Paseo Estelar.**



¿Quieres ser una mujer elegante? ¡Claro que sí! Tú puedes hacerlo, con estos simpáticos y efectivos tips que te brinda Ana Colutto en la columna más chic y top de todo el **Batiburrillo.**

Me la sé lunga

Mauricio Gafento



Mi muy admirado Mauricio, apelo a su inconmensurable sapiencia cuando le ruego que ilumine tanto a los lectores como a mí sobre cuál es el fenómeno paranormal más sorprendente del que haya tenido conocimiento

Barrocamente suya,

—Begoña Nuñez de Chañar del Sofaique.

Gracias Begoña por los elogios –tal vez merecidos, tal vez no, dejo eso a criterio de los lectores–.

Antes que nada, debo decirte que los fenómenos paranormales no existen, que son todas fabulaciones de charlatanes para engañar a mentes impresionables –en ocasiones estas mentes pertenecen a los mismísimos charlatanes, ya que el autoengaño es más común de lo que uno cree.

De todos modos he estado recientemente leyendo sobre el fenómeno de los poltergeists y me he encontrado con un par de casos dignos de mención.

Los poltergeists –o *poltergeister*, según algunos puristas– son fantasmas que se manifiestan haciendo ruidos o golpes, emitiendo olores extraños, causando desorden, moviendo objetos inanimados, haciendo desaparecer comestibles o realizando ataques físicos a las personas cercanas. Según otro punto de vista, también pueden deberse a fenómenos de telekinesis asociados con el estrés o la tensión emocional.

Como sea, la cuestión es que se trata de fenómenos en los que ciertas leyes de la física son ignoradas por completo, para terror y admiración de los crédulos.

Los dos casos de poltergeist que me llamaron la atención son poco conocidos, a pesar de que resultarían interesantes para todos aquellos afectos al humor escatológico y la risa fácil ya que tienen como elemento en común la ropa interior femenina. Y, por alguna razón que desconozco, otro elemento en común es que ambos han ocurrido en Inglaterra.

El primero de ellos es el más "normal" de todos, ya que presenta las características tradicionales de otros casos de poltergeist.

Todo comenzó en 1995, cuando la entonces joven Brielle Cormier se mudó a su primer departamento de soltera en Upper Buggerinton. El 13 de agosto de ese año ella sintió una presencia en el cuarto, "como si alguien me mirara lascivamente", según sus palabras. No le dio importancia porque pensó que estaba sugestionada –al fin y al cabo, la

decisión de irse a vivir sola había sido motivo de discusión con su familia y aún Brielle tenía dudas de si había tomado la decisión correcta.

Fue a la mañana siguiente, mientras se daba una ducha, que escuchó sonidos, como si alguien respirara fuerte u olfateara. Cuando abrió la cortina le pareció ver que su bombacha sucia caía al suelo, como si algún ser invisible estuviera sosteniéndola y oliéndola.

"Esto afectó bastante mi higiene personal cuando los ataques del fantasma se volvieron más frecuentes, ya que la idea de que el espíritu me viese desnuda en la ducha me ponía sumamente nerviosa", declaró Brielle años más tarde, cuando el tabloide "The Shrewshire Mirror" la entrevistó a raíz de este caso.

De todos modos, no nos adelantemos. Por el momento miss Cormier trató de atribuir esta experiencia al estrés de la mudanza. Estaba en un estado muy sugestionable y podría haberse tratado de un ruido de una casa aún desconocida sumado a la poca luz del cuarto de baño, el vapor que lo inundaba y que Brielle se estaba lavando la cabeza y el shampoo le chorreaba a los ojos, con el consabido ardor.

Fue días más cuando empezó a tomar más seriamente lo que le estaba ocurriendo. Al regresar la noche del 20 de agosto de 1995 de un encuentro con sus amigos en el pub local descubrió que el cajón de su ropa interior estaba abierto y revuelto.

Esto la sorprendió sobremanera pero, en un primer momento, atribuyó el hecho a su madre –la principal opositora a la mudanza–, que estaría haciéndole bromas de mal gusto

para que su hija se olvidara de sus ansias de independencia y volviera al hogar familiar. Cuando la confrontó por este hecho la madre de Brielle negó toda participación en el manoseo de corpiños y bombachas, pero la duda seguía y, luego de una fuerte discusión, Brielle cambió la cerradura de su casa.

De nada sirvió, ya que los ataques a su ropa interior se siguieron repitiendo, lo que tensó la relación con su madre en modo extremo. Brielle se distanció definitivamente de su familia e inició acciones judiciales contra su madre, la cual falleció del disgusto.

Coincidiendo con este hecho, el fantasma dejó de alborotar el cajón pero tomó la costumbre de robar una prenda de su interior.

“Al principio no me molestó,”, comentó Brielle, “al menos ya no tenía que ponerme a ordenar lo que el fantasma desordenaba. Pero con el correr del tiempo la cosa se fue poniendo más espesa, ya que no me alcanzaba mi sueldo para reponer las bombachas y corpiños que el fantasma se llevaba”.

Cansada, en noviembre de 1997 Brielle se muda a otro departamento, con la esperanza de librarse del fantasma y de poder contar con un ajuar íntimo estable en el tiempo.

Lamentablemente fue una esperanza vana, ya que el poltergeist la siguió al nuevo departamento.

Probó mudarse de pueblo y nada, el fantasma bombachero la seguía a donde fuera. “Yo estaba con los nervios de punta, a decir verdad. Ya no me preocupaba por comprar lencería de calidad, total pronto iba a desaparecer en manos del fantasma

pervertido".

En octubre de 2000 Brielle, desesperada, luego de haberse mudado veinte veces a diferentes localidades del Reino Unido, recurrió a una sesión de hipnoexorcismo a cargo del renombrado cazafantasma Keagan Locke-Woosten. "Ni bien vi a miss Cormier sentí una energía extraña rodeándola y la gravedad del caso se me hizo evidente cuando, al iniciar el trance hipnótico, se me apareció el fantasma de su madre. Estaba muy alterada la señora y con justa razón, ya que su hija la había acusado sin fundamentos y la había llevado a la muerte. Me costó varias horas conseguir que Layla Hurley-Cormier se calmara y me dejara continuar con el hipnoexorcismo. Finalmente accedió cuando le dije que si lograba expulsar al fantasma fetichista que acosaba a su hija ella tendría el terreno libre para torturarla con la culpa".

Luego de este incidente Keagan Locke-Woosten siguió con su terapia, llevándola a niveles más profundos. "La temperatura del cuarto descendió notablemente. Los cuadros de las paredes comenzaron a caerse y la televisión comenzó a transmitir un bizarro programa humorístico-musical en blanco y negro. Años más tarde descubriría que se trataba de la emisión del 10 de julio de 1982 de *De lo nuestro con humor*, un programa de Argentina, pero en ese momento creí que se trataba de una emisión directamente desde las entrañas infernales. Realmente sentí miedo y estuve a punto de dejar a Brielle librada a su suerte. Por fortuna mi sentido del deber primó sobre el terror y pude finalmente expulsar a un fantasma de un pelirrojo de catorce años del departamento de miss Cormier".

La intervención de Locke-Woosten fue exitosa, ya que nunca más el cajón de ropa interior de Brielle fue vandalizado.

Eso no quiere decir que sus contactos con el mundo paranormal cesaran definitivamente, porque el pasado 17 de febrero de 2020 cuando Brielle –ya casada y viviendo una vida suburbana en West Ginlynn-In-Leydon– encontró una montaña de bombachas y corpiños en su habitación junto a una nota manuscrita, con faltas de ortografía y en un cockney decimonónico que decía –y pido disculpas por mi traducción que trata de respetar las particularidades del mensaje– “Hestimada seorita Cormier E descubrido que mi Brian le hai estao robando a usté sus prendas intimas femeniles lo questá muy mal sí seorita i me averguenso de su atitud perbertida de mijo la culpa no es mia por aberlo parido sino del borracho de su padre pero aun asi le pido desculpas por lo que le iso y le degüelvo sus prendas aunque que quiere que le diga a mi me parecen un poco descocadas para una seorita de güena familia como usté pero usté sabrá lo que ace con su cuerpo y con su onra. Afetuosamente, Mary Condon de la caye de la Carbonera, Upper Buggerinton”.

El segundo caso es más atípico ya que no se trata de un fantasma obsesionado con la ropa interior femenina sino de una prenda encantada en sí, concretamente una bombacha rosa propiedad de Susan McKinley, de Warksaffax, en el condado de Sodemallshire.

A inicios de la primavera de 2016 Susan empezó a escuchar extraños ruidos provenientes de su zona púbico-cular, usualmente acompañados de olores nauseabundos. El sentido común hizo que

Susan atribuyera este fenómeno a la gastronomía británica, que no se caracteriza por la delicadeza ni la sofisticación de sus alimentos, amen de un descuido en su higiene personal.

Pero los ruidos y olores persistían incluso luego de esmerarse en el fregado de partes y de abstenerse de consumir legumbres, coles y otras comidas flatulentas y solo sucedían cuando Susan usaba una prenda en particular, la ya mencionada bombacha rosa.

"No sé cuándo ni por qué la compré, ya que es horrible" se quejaba Susan. Pero, por alguna razón inexplicable, no podía dejar de usarla.

Cuando ya estaba resignada a ser bautizada "Pedorreta Sue" un nuevo giro en los acontecimientos hizo que su situación empeorara. Un giro literal, para ser exactos, ya que el 27 de octubre de 2016 a las 11:22, cuando Susan se levantó para servirse un té, los lápices, papeles, abrochadoras y otros elementos de oficina de su escritorio y de los de sus compañeros se elevaron en el aire y comenzaron a orbitar alrededor de sus caderas, con el consiguiente estupor de los presentes.

Este fenómeno telekinético, aunque breve, fue repitiéndose con más frecuencia, para desaliento de la pobre Susan, cuya vida social iba en declive constante.

"No sé por qué uso esta maldita bombacha. Me queda mal, se me mete en la raya del orto y encima me produce fenómenos poltergeist", seguía quejándose Susan, que muy a su pesar día tras día no podía evitar ponerse las fatídicas bragas. Sus familiariares y amigos –los pocos que le quedaban– le preguntaban si la lavaba, a lo

que Susan respondía que sí, pero que ni bien la ponía en el lavarropas esta volvía a aparecer limpia y perfumada en el cajón, ejerciendo una atracción fatal en la pobre mujer.

Fue el 6 de enero de 2017 cuando, armada de valor y aconsejada por su primo Archie Vador, decidió arrojar la bombacha embrujada a la basura. Como te imaginarás, fue todo en vano, ya que la prenda volvió a aparecer en el cajón, lista para ser usada.

Sin desanimarse, tras varios intentos fallidos de deshacerse de la prenda, Susan tomó unas tijeras e intentó cortar la maldita bombacha, la que no dejaba de retorcerse y escurrirse de sus manos, escapando siempre de los fatales filos.

Archie, que observaba perplejo esta lucha entre su prima y la bombacha, decidió probar una medida más drástica y en un veloz movimiento aprendido en sus años de jugador profesional de cricket, atrapó a la prenda y la arrojó hacia la hoguera ardiente que crepitaba en la chimenea de la casa familiar de los McKinley. ¡Para qué! Ni bien la bombacha se percató de su inminente final entre las llamas giró en el aire, desviando la trayectoria, para luego rebotar sobre la pared de la chimenea y acabar en la cara de Archie, quien en vano trataba de librarse del mortal abrazo de la bombacha.

Susan trató infructuosamente de salvar a su primo de las asfixiantes garras de la prenda, que lo estranguló con su elástico hasta dejarlo sin vida.

Aterrorizada, Susan trató de alejarse del lugar, en busca de ayuda. Mientras tanto la bombacha, haciendo uso de su poder telekinético no solo iba recogiendo los objetos

a su paso y los incorporaba a su cuerpo, transformándose en un monstruoso ser con aspecto de cangrejo, sino que además arrojaba los más punzantes y contundentes contra la pobre mujer que huía.

Finalmente, cuando el golem controlado por la bombacha había alcanzado dimensiones colosales, un adoquín que le arrojó impactó contra la nuca de Susan, dejándola seca en el instante.

Dicen los testigos presenciales que al morir Susan se oyó al monstruo decir “¡Ups! ¿Y ahora quién me va a usar?” antes de desmoronarse en una pila de objetos sin vida.

No se sabe qué ha sucedido con la diabólica bombacha rosa. Probablemente haya ido a parar a uno de los basurales de Sodemallshire, tras haber sido recogida junto al resto de los componentes del gólem improvisado, aunque algunas fuentes dicen que, en un último aliento, se las ingenió para meterse por las piernas de Susan y subir hasta su lugar tradicional y ahora está enterrada junto a su dueña. Los más fantasiosos, por su parte, afirman que la bombacha logró escapar y que ahora recorre las calles de Warksaffax, en busca de una nueva víctima femenina de la cual aprovecharse. Obvio es decir que esta última hipótesis es la más popular de todas y que ya existe una incipiente industria turística alrededor de las malvadas bragas de Susan.

Por supuesto, querida Begoña, ambas historias son patrañas, inventos ridículos de la siempre fértil imaginación humana. Pero no por eso dejan de ser fascinantes y siempre es divertido leerlas, así que las comparto con los lectores del **Batiburrillo**.

Una estrella en el hielo: “Paseo Estelar: Épica”

Ziggy Micota



Paseo Estelar: Épica (Stellar Stroll: Epic)

EE.UU. 2019-. Serie original de Walpurgas+ creada por Jack Beaux Pferdmann. Con Uniqua Robertson, Douglass Bledoor, Ingrid Irvinni, Otto di Catania, Danielle Wuwei, Yonatán Ezcurra, Phillip Lightbulb y elenco. Capítulos de una hora, tres temporadas hasta ahora.

Sería ridículo negar el enorme impacto que causó la aparición de la versión original de la serie **Paseo Estelar** allá por mediados de los 60 y el hito en el que se ha convertido para toda la ciencia ficción que trata sobre la exploración del universo y la imaginación de nuevas especies y culturas. Pero también sería necio no reconocer

que su estatura mítica no se condice con las encarnaciones concretas de la serie original y sus secuelas: actuaciones dignas de un acto escolar, guiones paupérrimos, agujeros argumentales del tamaño de un planeta, maquillajes y ambientaciones alienígenas poco imaginativas, moralejas entregadas a garrotazos y, últimamente, sobredosis de fan service a lo pavote.

Todo esto, y más, está llevado a su más extrema expresión en **Paseo Estelar: Épica**, una de las últimas encarnaciones de la franquicia –la otra es **Paseo Estelar:Çapeutêtre**, que retoma las historias de un ya anciano Louis-Nicholas Çapeutêtre y de la que tal vez me encargue en el futuro–.

Para empezar, no logro entender por qué la obsesión con hacer precuelas de la serie original. Sí, sí, entiendo, es la que causó el impacto cultural más grande y de la cual no hace falta ser un stroller redomado para conocer a los personajes. Pero para eso ya están las películas que han rebooteado –para bien o para mal– a los personajes. La nostalgia ya fue, gente.

Épica prometía. La idea de una primera oficial humana pero criada por falconianos era interesante. ¿Cómo sería una persona de una especie altamente emocional que creció en una cultura que privilegia la razón, la lógica y el distanciamiento de toda demostración pasional? Y esta expectativa es satisfecha en la primera escena del primer episodio, cuando Johnny Fryegg (que pese a su nombre masculino es mujer) dialoga con su capitana Katerina Halvah mientras exploran un planeta selvático y exótico, ya que inmediatamente se ve entre ambos personajes una dinámica y una química que no existía desde los originales Kooper y Valag. ¡Nuevamente íbamos a tener a alguien osado, impulsivo y carismático al frente de la tripulación y un primer oficial excesivamente sensato que con fría lógica se contrapone a todo ese despliegue de humanidad! ¡Y encima dos mujeres no caucásicas!

Lamentablemente esta promesa desaparece a la mitad del primer episodio cuando Fryegg desata un conflicto diplomático con los aún desconocidos klangor en un arranque de impulsividad y desobediencia. Extraño comportamiento en un personaje culturalmente falconiano, pero quizás los guionistas quisieron señalar que la naturaleza es más fuerte que la crianza… o quizás son simplemente estúpidos y no pudieron comprometerse a mantener la coherencia en el personaje –me inclino por esta última

explicación, ya que el correr de los episodios y de las temporadas muestran que **Épica** está desarrollada por imbéciles y ejecutivos de marketing–. Pero este actuar fuera de lo esperable en el personaje no sería nada si no fuera que en ese mismo episodio la capitana Halvah muere y nos enteramos que Fryegg había sido criada por los padres de Valag, convirtiéndolos en hermanastros. ¡De todas las familias posibles en el puto planeta Falcon tenían que elegir a la del personaje más emblemático de toda la franquicia! ¿Tan inseguros estaban de poder seducir a los espectadores que necesitaron recurrir a semejante pereza intelectual?

Sí, tan inseguros y más, porque no solo una versión más joven y emocionalmente conflictuada de Valag aparece en la segunda temporada sino que además, episodio tras episodio, somos sometidos a un tsunami de fan service a la bartola.

Aún así sería soportable si el resto de los personajes fueran interesantes y los actores que los representan tuvieran una expresividad por encima de la del durmiente de ferrocarril promedio, pero no, salvo por el wedliano Ooroo lo que tenemos es un abanico de figuras de cartón pintado sin ninguna personalidad –y que cada vez que comienzan a tenerla es garantía de que van a morir en ese episodio o en el siguiente–.

Y ni siquiera estas carencias de personalidades o actuaciones mediocres serían impedimentos para lograr una decente entrega de **Paseo Estelar**, como lo probó **Volviendo a casa desde muy muy lejos**, que a pesar de tener un elenco integrado mayormente por ineptos y unos guiones de pésima calidad, se las ingenió para darnos personajes como la cylak 77,8%,la IA holográfica Proctor y, por qué no, la capitana Jane Kateroad –la pobre actriz que la interpretaba hacía lo que podía con lo que le escribían–, además de algunas historias interesantes de tanto en tanto. **Épica** agrega a todo este guiso de mediocridad un ingrediente fatal: una protagonista sumamente irritante que, por alguna razón desconocida, no sabe hablar de otra forma que no sea un susurro lento y sufrido, como si estuviera cagando un sorete muy duro, muy seco y muy largo.

Realmente la serie mejoraría notablemente si el personaje de Fryegg desapareciera, muriera, se cayera en un pozo sin fondo, algo, lo que sea que la saque del medio y permita el desarrollo de historias con un poco más de vuelo.

Pero no, estamos condenados a que, episodio tras episodio todo el destino del universo gire alrededor de la insoportable de Johnny Fryegg, que sufre, sufre y sufre y se la pasa recordándonos que es hermanastra de Valag, que los Ideales de la Congregación Planetaria son lo más grande que hay y que con amistad, compañerismo y buena onda todo todo va a ser genial.

Qué sé yo, la esperanza que habían representado en su momento **Camaradas** o **Shlemiel & K'lutch** —las dos series de **Paseo Estelar** desarrolladas por Tyrone Moosey y Pablo Penwin– se fue completamente a la basura cuando Walpurgas+ adquirió los derechos de la franquicia para su servicio de streaming. Tanto **Épica** como **Çapeutêtre** han sido unas reverendas decepciones, lo que es una lástima, porque ambas series cuentan con un presupuesto para efectos especiales que ninguna de las otras encarnaciones tuvo y el nuevo soporte permite desarrollar historias con más aire que el viejo modelo episódico.

En fin, creo que ya va siendo hora de jubilar a **Paseo Estelar**. O de dejar de ir a lo seguro y recuperar el antiguo espíritu renovador y vanguardista de la serie creada por Barry Genesplicing.

Hay tanto potencial inexplorado en ese universo que es una pena seguir girando alrededor de las mismas tres viejas historias y, encima, con una protagonista tan exasperante como Johnny Fryegg.

Los Tips y Tops de Ana: 10 secretos que te convertirán en una mujer elegante

Ana Colutto



10 secretos que te convertirán en una mujer elegante

La elegancia es algo más que elegir ropa y accesorios de marcas de lujo. Ser elegante significa tener buen gusto, actitud, educación y clase. Solo algunas personas se animan a este estilo de vida, a pesar de que no es tan complicado como parece y, con un poco de esfuerzo, cualquiera de nosotras puede serlo si se lo propone. Aquí te dejo unos tips para que seas tan elegante y sofisticada como quieras serlo.

1. **Mejora tu postura.** De nada sirve que te súper produzcas, tengas la mejor ropa en tu guardarropas o los mejores maquillajes en tu neceser, si no tienes una buena postura toda tu elegancia se irá por el retrete. Intenta mantener siempre una postura vertical, perpendicular al suelo y con los pies sobre la tierra. ¡Ni te imaginas las mujeres que han arruinado todo el glamour y la sofisticación que podrían haber tenido solo por adoptar una postura fetal en eventos sociales!
2. El maquillaje ligero es el más elegante. Y el más fácil de llevar

y que permite mantener una buena postura. Un maquillaje muy pesado va a hacer que te inclines hacia adelante y, en ciertos casos, que te caigas de bruces contra el pavimento y adoptes una poco elegante posición como la decúbito prono (comúnmente conocida como “boca abajo”).

3. **¡Conócete más!** Este es un buen consejo más allá de lo que estrictamente atañe a la elegancia personal. Ni te imaginas la cantidad de gente que, por no conocerse lo suficiente a sí mismas, se encontró conviviendo con un desconocido durante toda su vida. Pero ciñiéndonos estrictamente al tema de la sofisticación, no es para nada elegante que en una fiesta un caballero te pregunte tu nombre o tus gustos musicales y tú contestes que no sabes y que no tienes la suficiente confianza contigo misma como para ir y preguntarte algo tan personal.
4. **Una mujer nunca debe perder el equilibrio.** Como ya te dije, es muy importante que mantengas una postura vertical y perpendicular al suelo. Perder el equilibrio, especialmente si llevas maquillaje muy pesado, puede ponerte en una posición incómoda y poco elegante. Tampoco es bueno que te ganes una fama de desequilibrada, salvo que tengas el suficiente dinero como para sobornar a la gente y que digan que eres “excéntrica” o “imprevisible”.
5. **Domina los tacones.** Un tacón rebelde puede arruinarte toda tu preparación en el arte de la elegancia, haciéndote descuidar tu equilibro y que termines en una postura genupectoral o, en el peor de los casos, en una postura ginecológica. De allí que te convendría tomar un curso de doma y entrenamiento de tacones –ya sé que te sentirás tentada de conformarte con un tutorial de YouTube pero, créeme, esta es una disciplina que requiere años de práctica y estudio–. Yo te recomendaría uno que emplee métodos humanitarios y no, por ejemplo, castigos con picanas eléctricas u otros implementos de tortura. Ya sé que los tacones son bestias salvajes pero no por eso tenemos que convertirnos nosotras también en bestias.
6. **Evita los descuidos.** Nada ayuda a la elegancia tener las ropas o incluso el cuerpo manchados con pis o caca. ¡Presta suma atención a los llamados de la naturaleza y no los desoigas! Y también asegúrate de haber terminado y de limpiarte convenientemente antes de volver a ponerte la ropa en su lugar.

7. **Cuidar de tu lenguaje aumentará tu elegancia.** Obviamente, usa tu criterio. Tampoco es cuestión de irse para el otro extremo y empezar una discusión porque tu interlocutor no respetó la concordancia de nominal o verbal en una conversación o porque cometió un error gramatical en un mensaje de WhatsApp. Está muy bien que defiendas la pureza del castellano pero tampoco la pavada, querida.
8. **Sé más exacta.**Por ejemplo, decir "*Hubo un tipo petiso que fue emperador de algún país europeo hace una punta de años*" no es elegante mientras que decir "*Napoleón Bonaparte fue emperador de Francia desde 1804 hasta 1814, aunque también se debería contar el breve periodo entre el 20 de marzo al 28 de junio de 1815, en el que Bonaparte regresó de su exilio en la isla de Elba y se hizo nuevamente con el poder*" es de una finura que ni te cuento. También hace mucho a tu sofisticación y glamour el evitar redondear pesos, medidas y los precios de los productos que vendas, aunque esto tenga mucho más que ver con la honestidad comercial que con la elegancia y el buen porte.
9. **Cuida las proporciones.** En la misma línea del consejo anterior, mantener una adecuada relación o razón constante entre las diferentes magnitudes que vayas a medir es fundamental para resaltar tu elegancia y hacer evidente tu honestidad comercial y tu dominio de un área fundamental de las matemáticas, la arquitectura y la repostería.
10. **Sé aliada de los básicos.** Este es quizás el tip más polémico, ya que implica tomar una posición político-ideológica sobre con quiénes te conviene juntarte en la vida. Los complicados son siempre gente complicada y te van a complicar la existencia mientras que los básicos no. Excepto que sean tan básicos que sea imposible mantener una conversación inteligente y normal con ellos porque resultan incapaces de captar las sutilezas del lenguaje, los tecnicismos del cálculo proporcional y los postulados del sistema métrico decimal. O sea, para serte honesta, querida amiga, no te juntes con nadie y vas a salir ganando en salud y felicidad.

El jinete

Sergio Bonomo

ARGENTINA

Era el Tano Cherro el que venía en sentido contrario por Santa Fe. Le pareció haberlo visto los otros días, varias veces, pero enseguida desechó esa idea , porque estaba convencido de que el Tano había muerto años atrás.

Un tipo parecido, se dijo en aquel momento.

Después revisó las viejas fotos. Y sí, no podía ser otro más que él. No había cambiado demasiado.

Los viejos amigos le contaron de la muerte del Tano en una fiesta de fin de año. Cirrosis, le habían dicho, "porque se chupaba hasta el agua de los floreros, vos sabés".

Venía caminando por el centro de la vereda, no podía ser otro. Ahora que lo veía de frente estaba seguro, a pesar de la cara semitapada por un barbijo con el escudo de Boca.

El mundo se volvió loco, alcanzó a decirse, en tiempos en que todos se mueren, este ñato resucita.

—¿Sos vos, Tano? Le tiró a quemarropa.

El Tano se paró en seco y lo miró, con cierta incredulidad.

—¿Pelado?… Qué haces por acá.

—Laburo por acá, boludo. Tengo un mercadito. Me dijeron que te habías muerto los de la barra, hijos de puta.

El Tano miró para todos lados, como temeroso de que alguien lo viera.

—Es que me morí hace unos años, Pelado.

—Dale. No jodas.

—No te jodo, ahora con esto de la pandemia nos dejan salir a los muertos. A dar una vuelta, ¿viste? Con barbijo, para que nadie nos reconozca. ¡Cómo ahora todos tienen la cara tapada, podemos! Al final, esta peste vino a favorecernos.

Él se apartó, perplejo.

—Dejate de pavadas, Tano. Explicame qué pasa.

—Pero sí. Mirá acá, en el celu. Tengo una foto mía en el ataúd, la

subieron a las redes los guachos, ¿te das cuenta? Mirá ésta: mi vieja, de luto, llorando en la Chacarita, la pobre.

Cherro iba pasando el dedo por la pantalla, y las imágenes del velatorio y del entierro se repetían, mezcladas con otras de cumpleaños y de lo que parecían unas vacaciones en Europa.

—Si hasta contaban chistes los turros, ¿vos lo podés creer?

—No entiendo, Tano.

La gente que caminaba alrededor tenía que esquivarlos, porque estaban parados justo en el medio de la vereda.

El Tano lo agarró de un brazo, y lo llevó al lado del cordón.

—Qué no entendés, Pelado. Me morí, y "el que te jedi" me deja salir a caminar, ahora que todos tienen la cara tapada, quién iba a reconocer a los muertos.

—No puedo creerlo.

—Los muertos siempre anduvimos entre los vivos, esto no es nuevo, teníamos que andar con cuidado de que no nos vieran. Ahora, con esta abundancia de barbijos y máscaras, tenemos más libertad. Nadie nos reconoce.

—Yo te reconocí.

El Tano se rió con una carcajada que sacudió el barbijo azul y amarillo de arriba hacia abajo. Él se percató de que no estaban guardando la distancia reglamentaria, y se alejó un poco.

—Vos siempre fuiste muy perspicaz, Pelado.

Él tomó aire profundo. Suspiró y meneó la cabeza.

—Esto es muy extraño.

—¿Verdad que sí? Muy difícil de creer. Pero mirá, tocame. Hacé la gran Tomás. ¿Te acordás del apóstol incrédulo?

Se apartó otro poco, lo abrumaba la situación.

—¡Vení, no te alejes, Peladito! No te voy a contagiar, hermano. No todo es Covid en esta vida. Si a esto se le puede llamar vida.



Ilustración: Pedro Bel

—No es eso, Tano. Es que esta pandemia nos tiene muy locos a todos. Y verte es como abrir una ventana y que corra aire.

—Boludo, sos el mismo sentimental de siempre. No cambiaste, a pesar de lo que decían los muchachos.

—Y qué decían.

—Y…que no volviste más al barrio, que pegaste unos mangos y ni en el grupo de WhatsApp quisiste estar, que ni tu teléfono tienen.

Él se rascó la cabeza y prefirió cambiar de tema.

—Antes dijiste "el que te jedi". Entonces, Dios existe. Yo dejé de creer en todo eso. Yo…

—Pará. No es tan simple la cosa. Ya te voy a explicar con más tiempo.

—No. Es importante. Quiere decir que todo esto tiene un sentido, que hay alguien que vigila el funcionamiento…

El Tano lo interrumpió con una risa, y el escudo de Boca se sacudió enérgicamente.

—Y quién te dijo a vos que la existencia de un Dios le daría sentido a las cosas.

Él quiso seguir indagando, pero algo dentro suyo lo instó a cambiar de tema.

—¿Y qué haces acá, por Santa Fe?

—Lo mismo que vos —dijo el Tano—, trabajo.

Se rió.

—No, en serio.

—Paseo. Ya te dije. Pero también trabajo.

En estos días, él había evocado el pasado más de una vez, y la cara del Tano y la de los otros amigos —que no veía hacía años—, se le había

venido muchas veces a la memoria. Pero, sobre todo, la cara de Marta. Martita. Tantos años y el recuerdo siempre presente.

Y fue el Tano el que la nombró.

—Si te entrás a fijar, ahora qué sabés, vas a ver a muchos finados deambulando por la ciudad. También a Marta, por ejemplo.

Tragó saliva. Marta, su novia de la adolescencia, había muerto en un accidente de tránsito. ¿Cuándo fue? Cómo olvidarlo: 15 de diciembre de 1992.

El Tano lo miraba, sus ojos sonreían con picardía.

—Vení, Pelado. Vamos a un bar a tomar un café y te cuento.

—Pero los bares están cerrados. No pueden trabajar en cuarentena.

—"Los bares están cerrados, las mujeres duermen, los cines también están cerrados, la guitarra no se puede tocar". ¿Te acordás de esa canción? ¿De quién era?

—Moris.

—Moris, sí. Vos no te preocupes. Vení conmigo.

Llegaron a la esquina de Santa Fe y Ecuador. El bar Arrufat tenía las puertas abiertas.

—Pensé que este bar no estaba más.

—Qué no va a estar. Este bar es eterno, Pelado, como el infierno.

—¿El infierno es eterno?

—Tenés que leer los libros sagrados vos.

—Ya no soy un hombre de fe, Tano. Es lo segundo que perdí. Lo primero, ya sabés…vos la nombraste recién. ¡Claro que una cosa vino encadenada con la otra!

El Tano se echó hacia atrás, la risa sonó sarcástica dentro del barbijo. Él, mientras tanto, observaba las paredes marrones del frente, las letras que componían el nombre con una caligrafía muy cuidada, en cursiva.

— Dale Pelado, seguime.

Titubeó, y Cherro lo animó a seguirlo con un ademán.

Al entrar, el Tano miró hacia todos lados: apenas dos o tres mesas ocupadas en una semipenumbra. En una de ellas, una señora con una nena de bucles amarillos, la mirada metida en una taza de café con leche. En otra, un joven con aspecto de estudiante, enfrascado en la lectura de un libro. A él le llamó la atención la vestimenta: camisa floreada de amplio

cuello y pantalones Oxford, como en los sesenta. En la restante, cuatro hombres de traje y peinados a la gomina, jugaban en silencio a las cartas.

—Vamos para el fondo —dijo el Tano—, vamos a estar más tranquilos.

Se sentaron contra la última ventana del local, que estaba cubierta por cortinas oscuras.

—¿Qué es esta gente, Tano?

—Los viejos clientes del bar. Siempre fieles.

—Cómo hace el bar para funcionar en pandemia.

—Esto es Argentina, Pelado. Vos sabés que en este país las reglas no se cumplen.

De golpe apareció un hombre totalmente calvo, corpulento, de smoking, un par de aros brillantes colgaban desde sus orejas. Un barbijo negro le tapaba la boca.

—¡Vladimir! —lo saludó el Tano—. Para mi amigo y para mí dos cañas de naranja.

—¡Yo no tomo, Tano! ¿No te acordás?

—Tráigale un capuchino a este maricón.

—No tenés que chupar, Tano. Las malas lenguas dijeron que moriste de cirrosis.

—¡Precisamente, nabo! Morí de cirrosis. El alcohol ya no puede afectarme.

Él intentó mirar hacia la calle. Desde adentro, apenas se podía divisar a los transeúntes que caminaban por Ecuador.

—Qué es todo esto, Tano. Explicame, ¿querés?

—Mirá, fue una suerte que te encontrara, sobre todo que me reconocieras. Sos el tipo indicado para lo que necesito. Y podés tener tu recompensa.

—No entiendo.

El Tano se sacó el barbijo, lo dejó sobre la mesa. Suspiró.

—Sacate esa mierda de la boca. Acá no te hace falta.

Se quitó el suyo, y lo guardó en un bolsillo.

—Me tenés que ayudar con un tipo —le dijo el Tano—. No sé si lo conocés. Octavio Montes, se llama. Vive por acá, un profesor de historia recién jubilado.

—Sí. Lo conozco, apenas. A veces le llevo pedidos del mercado. Él no quiere salir por lo del virus, y yo le doy una mano. Le dejo la mercadería en la puerta. La verdad, tenemos una relación cordial.

Vladimir llegó con la bandeja, acomodó en la mesa la caña y el capuchino, y se retiró sin decir una palabra.

—Ese es precisamente el tema —el Tano habló después de tomarse la caña de un trago—. Te cuento. En realidad… no te rías de lo que te voy a decir, boludo… pero no todos los muertos podemos andar por ahí, ¿me entendés? Sólo los que "el que te jedi" considera, digamos…especiales. El resto duerme el sueño de los justos para siempre.

—No entiendo nada, Tano.

—Mirá. Soy uno de los Jinetes. Así nos llaman a los que deambulamos. No sé por qué nos dicen así, no me preguntes. Estamos acá para diseminar este virus de mierda. Somos nosotros, los muertos, los jinetes, los que transmitimos las cargas virales más potentes, y nos llevamos puestos a algunos fulanos. Cada uno de nosotros tiene solamente una víctima asignada.

—Dejate de joder, Tano.

Cherro acercó más la silla, y él, al notar que la distancia no era la adecuada, se corrió hacia atrás.

—Escuchá, gil. Es verdad lo que te digo. El único problema es, como te dije, que cada uno de nosotros tiene asignada a una determinada persona. Y este tipo, Octavio, no sale nunca, y si sale, no se saca el barbijo ni la máscara transparente, y así es muy difícil contagiarlo.

Mientras el Tano hablaba, él giró la cabeza un instante. Se percató de que los otros clientes permanecían en silencio, concentrados. Los únicos que dialogaban en el bar eran ellos. Ni siquiera los jugadores de cartas emitían sonido.

—Me estás cargando, Tano. Estás de acuerdo con los muchachos. Están enojados porque me fui del barrio y nunca más volví.

—Que broma ni ocho cuartos. Y ni se te ocurra decirle a los muchachos que me viste. Necesito cumplir con esto. Tenés que sacarme al tipo de su casa, y sobre todo, dejármelo a cara descubierta.

Tomó un trago del capuchino, que tenía un gusto horrible. Quería escupir en algún lado, pero notó que Vladimir lo miraba fijamente desde el mostrador.

—¿Y yo qué gano con eso? —preguntó.

—Marta.

Se estremeció.

—Marta está haciendo lo mismo que yo. Buscando una presa. Quedate tranquilo, que no sos vos. Me entregás al tipo, y yo te traigo a Martita, ¿qué te parece?

Marta. Todavía la extrañaba. No, no la extrañaba. La amaba…y la deseaba. Nunca pudo reponerse a su muerte. Y ahora el Tano le regalaba la posibilidad de verla otra vez.

—Todavía te mueve la estantería, boludo. Se nota. Y está impecable la guacha, ¿eh? Como yo. Los jinetes no nos corrompemos. “El que te jedi” nos quiere sanitos y enteros. Si hasta creo que rejuvenecemos. Y, como te digo, Marta sigue con ese culo incendiario de cuando vivía. ¿Y las tetas? No te digo nada.

Comenzaba a transpirar, a pesar del frío de julio. El culo de Marta había sido la envidia de todo el barrio.

—Voy a hacer lo que pueda, pero no te prometo nada —le dijo.

El Tano pareció no escucharlo.

—Hecho. En vos confío.

Buscaron a Vladimir con la vista, pero no lo vieron ni en el mostrador ni entre las mesas.

—Dejá un quinientos —dijo el Tano—, que con eso debe estar bien.

Él lo miró con fastidio.

—Dale, invitá vos, Pelado. No seas canuto. Me quedé sin un mango, vengo muerto.

La carcajada de Cherro, todavía sin barbijo, resonó en todo el local.

Antes de salir, él le dio otra ojeada a las mesas. Los clientes seguían cada uno en la misma actitud, como distantes.

Ya en la calle, agarró a Cherro del brazo. No era posible que este encuentro fuera casual, que él justo conociera a Octavio, el tipo que el Tano necesitaba.

—No fue casualidad este encuentro, ¿verdad? —le dijo.

El Tano no le contestó, se rió. Y su risa, esta vez debajo del barbijo, sonó ahogada.

Tal vez motivado por los argumentos de las series que vio en cuarentena, se atrevió a preguntarle:

—Decime, Tano: ¿Los tipos que matan los jinetes se convierten después en jinetes?

—No, Pelado. Las víctimas de los jinetes se mueren para siempre, nomás.

Ir al departamento de Octavio era fácil, lo hacía dos veces por semana para llevarle los comestibles.

Empezada la cuarentena, se puso a trabajar a la par de sus dos empleados en el reparto. Convencer a Octavio de que saliera y, sobre todo, de que se quitara el barbijo, era más difícil. No. No podía hacer eso. ¿Cómo iba a entregar un hombre a la muerte así porque sí? Además, Octavio era un buen tipo, le constaba.

Aunque ver a Marta, aunque fuera por última vez, le enfermaba el pensamiento. ¿Cuánto lo había ansiado? En aquel momento, le había rogado a Dios que le concediera tan sólo un segundo, para despedirse. Por supuesto, eso nunca ocurrió.Y ahora la posibilidad aparecía concreta. Le costaba admitirlo, pero incluso se masturbaba con el recuerdo de su cuerpo desnudo. Claro que después se horrorizaba y lloraba.

Sí. Verla otra vez sería grandioso, se decía, tal vez incluso podría tocarla. Tocarla, como antes.

Definitivamente, iba a intentar convencer a Octavio de que saliera. Valía la pena, aunque después lo esperase el infierno del que hablaba el Tano. El guacho de Cherro tenía razón, extrañaba a Marta todavía.

El día que le llevó el pedido, Octavio le habló, como siempre, desde atrás de la puerta.

—Déjeme las bolsas ahí nomás, Roberto.

—Octavio, ¿cómo le va? Disculpe, pero… ¿por qué no sale un día y charlamos un rato. Aunque sea aquí, en el pasillo. Estoy con barbijo, no corremos peligro alguno. Debería conectarse un poco con el mundo.

Del otro lado de la puerta se hizo un breve silencio. Luego, Octavio habló con una voz suave, vacilante.

—La verdad que no puedo, Roberto. Estoy en edad de riesgo, y con ganas de vivir todavía.

Se supo un miserable. No, él no podía estar haciendo algo así. Pero tampoco podía evitarlo. Los recuerdos de Marta se volvían más vívidos con cada segundo que pasaba. El pasado invadía el presente. Y él, hasta escuchaba la dulce voz de su novia muerta.

Suspiró. Supo que era capaz de hacer cualquier cosa a cambio de

poder abrazar una vez más a la única mujer que de veras había amado.

La voz de Octavio lo arrancó de sus pensamientos:

—¿Sigue ahí, Roberto? ¿Me escucha?

—Pero manteniendo distancia no hay problema. Me da pena verlo tan solo, sé que no tiene familia, y los psicólogos también dicen que hay que evitar aislarse en exceso.

—Está bien, Roberto, no se preocupe por mí.

—Ya sabe que puede contar conmigo. La soledad suele ser mala en estas circunstancias.

Le dejó las bolsas junto a la puerta y se fue.

No sabía cómo convencerlo. Era la oportunidad de volver a ver a Marta, el amor de su vida. "El mejor culo de todo el barrio". Tenía razón el Tano. Los amigos lo envidiaron siempre. "Qué tacho tiene tu novia" le decían.

Sacar a Octavio, ¿cómo lograrlo? No lo tenía en claro, pero de seguro que lo intentaría.

Después del accidente de Marta, él mantuvo algunas relaciones ocasionales, pero no pudo llevar adelante un noviazgo formal —ninguna de aquellas mujeres podía siquiera compararse con el más difuso de sus recuerdos—, y mucho menos casarse.

Trajinaba su soltería con dignidad y resignación. Sus amigos habían formado familia, y no quiso volver a verlos. Se sentía un bicho raro frente a ellos. La última vez que los vio, fue en aquella reunión de fin de año, en donde le contaron de la muerte de Cherro.

Marta. La oportunidad de reencontrarse aunque sea un instante con ella lo llenaba de un amor y un coraje que creía perdidos.

No había olvidado aquellos paseos por la plaza de su barrio, los helados en Freddo. Y, sobre todo, las noches de amor en su pieza o en la de los viejos de ella, cuando algún viaje los arrancaba de Buenos Aires.

Ordenaba unos lácteos cuando sonó su celular. Debía entregar una larga lista de pedidos de sus clientes, entre ellos, el de Octavio.

Lo dejó para lo último, y se lo llevó personalmente.

Grande fue su sorpresa cuando el mismo Octavio abrió la puerta del departamento, y lo recibió con barbijo y máscara facial.

—Sabe que lo pensé, Roberto, y quizá tenga usted razón. Me convendría salir un poco. Escuché las noticias y hay como una apertura, eso

dicen.

—Claro que sí. La gente está más relajada. ¿Hace cuánto que no sale a trotar al parque? Yo sé que a usted le gustaba eso.

Octavio levantó la vista al techo. Sus ojos era lo único que se veía de su cara.

—Desde que empezó la cuarentena —dijo.

—Debería ir. Yo voy al parque muchas veces —le mintió—, ahora que se puede. No sabe lo que fue reencontrarme con los árboles y el aire fresco.

—En la tele están diciendo que es muy peligroso para una persona como yo.

—¡Mentira, Octavio! A veces pienso que todo esto del virus es un invento para tenernos a todos agarrados de las bolas, con perdón de la expresión.

—¿Le parece, Roberto?

—¡Pero, sí! Piénselo, Octavio: un poco de ejercicio, un trote suave, o una caminata por el parque sin el dichoso barbijo amordazador, ¿qué le parece? En un lugar abierto y natural. Vamos, yo lo acompaño. A los dos nos va a hacer bien tomar un poco de aire fresco.

—Cualquier cosa le aviso.

Los días que siguieron no hizo más que pensar en Marta, en los paseos, en las noches de intimidad, en las conversaciones siempre llenas de planes a futuro.

Tan ensimismado estaba, que no se dio cuenta de que un cliente entraba al negocio.

Cuando levantó la vista, el Tano lo miraba fijo.

—¿Y? —le dijo por todo saludo—. ¿Lo convenciste?

Se sorprendió. No esperaba que el Tano conociera la dirección de su negocio. Tampoco recordaba habérsela facilitado.

—Casi, pero todavía no quiere salir.

Cherro parpadeó.

—Vení —le dijo el Tano con fastidio—, salgamos un poco.

Él le gritó a uno de sus empleados que se iba por un rato.

—¿A dónde vamos?

—¿A dónde va a ser? —el Tano hablaba mientras caminaba—. Al

Arrufat.

—¿Otra vez a ese boliche? Hacen un capuchino de mierda.

—Tomate un trago, como yo.

Igual que la otra vez, entraron y se sentaron en la misma mesa. El lugar estaba más oscuro, y parecía más abandonado.

Las mismas personas ocupaban las mismas mesas que la vez anterior, como si jamás se hubiesen movido de ahí.

—Che, Tano. Esta gente es la misma que estaba el otro día.

—¿Te parece? No creo.

—Sí, encima están vestidos de la misma manera.

—Debe ser como te dije, los clientes aquí son fieles.

Vladimir se acercó, con su smoking negro, impecable. Olía a naftalina.

—No quiero nada —dijo él—, gracias.

—Tráigame una Chisotti para mí.

Vladimir inclinó la cabeza y se fue.

—Tenés que convencerlo, Pelado. Tenés que hacerlo salir de una buena vez. Llevalo a algún lado en donde tenga que estar sin barbijo. Y sobre todo, sin esa máscara de porquería, convencerlo de alguna manera.

—Es que…

—¿Qué problema tenés?

—Me da un poco de culpa, ¿sabés?

—¿Culpa? —dijo el Tano soltando una sonrisa mordida.

—Sí, culpa. Octavio es un buen hombre. ¿Por qué habría de…bueno. ¡Ya sabés!

—¿Por qué tendría que morir, querés decir? Decilo con todas las letras, cagón. Miralo así, Pelado. Yo soy un instrumento. Vos también sos un instrumento. Somos simples herramientas. Y el destino está escrito, así que no sos culpable de nada.

—Entonces Dios…

—Cortala con eso, boludo. No puedo explicarte en dos segundos la complejidad de la vida de los muertos.

—¿Vida de los muertos?

El Tano se rió ruidosamente y expulsó varias gotas de saliva que a él le impactaron en la cara. Tuvo que limpiarse con una servilleta.

—No seas gil, Pelado. Haceme caso y aprovechá esta oportunidad. No sabés lo linda que está Martita. Casi que me dan ganas de robártela.

Suspiró. Ya estaba decidido.

—¿Qué te parece el parque Rubén Darío, el del Museo de Bellas Artes? Lo invito a trotar. En ese lugar va a estar a cara limpia.

—¿Ves que cuando querés sos un genio, pibe? Excelente idea.

Tragó saliva.

—¿Marta va a estar ahí?

—¡Por supuesto! Marta va a estar ahí, esperándote. También te quiere ver. Ya le dije. Estuvimos hablando de vos.

—¿En serio me quiere ver?

—¡Claro! Ni muerta logró olvidarte.

De la cocina del Arrufat llegaba un olor nauseabundo, como de comida podrida.

Vladimir trajo la grapa.

—No sabía que se seguía haciendo esta grapa.

—Es el brebaje del infierno, Pelado. Por eso es eterna.

—El infierno no es eterno, Tano.

—Preguntale a Dante.

El salón se llenó de humo. El olor nauseabundo era casi insoportable ¿Qué estarían cocinando? Al Tano, y al resto de los clientes, parecía no importarles.

—¿Para cuándo me lo podés tener al tipo?

—No sé. Pero está aflojando —le dijo —, dame un tiempito más.

—Tenés que apurarte, Pelado.

—Es que con esto del Covid, en el negocio, estamos hasta las manos con el laburo.

—No todo es Covid en esta vida, Pelado. Acordate de Marta. El mejor culo del barrio, ¿te acordás? Sos un turro vos. El único que se la pudo coger. Mirá que yo también le tenía unas ganas…

En ese momento el Pelado tuvo una sensación rara, como un peso en la nuca, así que se dio vuelta. De todas las mesas lo estaban mirando. Inclusive los jugadores de cartas habían abandonado el juego para observarlo. Una docena de ojos clavados en él, pupilas sin expresión, vacías, muertas.

Trató de serenarse.

—Tano, que chusma la gente. Creo que estos cosos están pendientes de nuestra conversación.

Cherro meneó la cabeza. Resopló.

—No seas perseguido, Pelado. ¿Querés que nos vayamos?

—Sí, por favor. Además hay un olor insoportable. El menú de este boliche te lo regalo.

—No hay problema. Vamos. Dejá un quinientos.

Sacó el billete y lo dejó sobre la mesa. El Tano se apresuró a salir primero. A él, en todo el trayecto hacia la puerta, las miradas lo siguieron.

Ya en la calle, lo ganó el alivio

—Metele con el asunto, Pelado. Tenés que resolverme esto. Pensá en Martita.

Asintió sin decir palabra.

Los días que siguieron los pasó cavilando la forma de convencer del todo a Octavio. Atendía a sus clientes con parsimonia, distraído. Pensaba todo el tiempo en Marta.

El pasado se le había había venido encima, todo de golpe. Los recuerdos afloraban a cada instante: las caricias que se prodigaban contra el jacarandá, cuando ella salía del colegio, los encuentros en el terraplén abandonado, cerca de la estación Florida.

El sonido del WhatsApp lo sobresaltó: Octavio.

—*Lo pensé bien* —le escribía— *Tal vez tenga razón, un paseo por el parque no me vendría mal.*

—*Claro* —le contestó— *esta noche, ¿le parece?*

—*Con barbijo.*

—*Por supuesto. Pero igual al llegar allá se lo saca para el trotecito. Con distancia prudencial, todo va a estar bien.*

El mensaje le cambió el ánimo. Todo comenzaba a ordenarse, como si los acontecimientos conspiraran para cumplir un designio.

Sus empleados lo miraban, asombrados de su buen humor. Atendía a sus clientes con diligencia, con inusual simpatía.

A eso de las seis se fue a su casa para prepararse. Abrió el ropero buscando su ropa deportiva, que hacía meses que no usaba. Y desde el compartimento superior se le cayó la vieja caja de fotos.

Era su tesoro sagrado.

Entre otras muchas imágenes, encontró las de Marta y él en el obelisco, en la kermese de la sociedad de fomento del barrio, otra en lo que parecía ser la entrada de un cine o un teatro. También ella sola, de frente, de perfil, y de espalda. Esa última se la había tomado clandestinamente, en una fiesta, para mostrarla a los muchachos.

En un momento, un pensamiento lo estremeció: ¿Y si todo era una trampa? ¿Y si el Tano le había mentido, y él era la víctima de Marta?

Todo era tan extraño que su ocurrencia no resultaba descabellada.

Ahora lo veía clarísimo. Tano hijo de mil putas. Pero no lo iban a cagar así nomás. Iba a ir, sí. No se iba a perder la oportunidad de ver otra vez a Marta, pero iría bien cubierto. Él era más inteligente que todos. Llevaría barbijo y la máscara facial que utilizaban en el mercado. ¿Trotar? No. No podría. La máscara apenas deja respirar. Si esto era una trampa, los iba a joder a todos, incluso a la misma Marta. Pero no iba a perder la oportunidad de admirarla por última vez.

Arregló encontrarse con Octavio en la puerta del negocio. Apareció puntualmente, vestido con un jogging Adidas rojo.

Octavio no traía la máscara, solo un barbijo haciendo juego con el equipo.

Lo saludó con un gesto de la mano, a un metro de distancia. Lo miró a los ojos.

—Con esa máscara no va a poder trotar mucho, Roberto.

—No se preocupe —le contestó—, me la engancho en la muñeca y soy el pájaro Caniggia. ¿A usted le gusta el fútbol, Octavio?

Caminaron hasta el parque casi sin hablar. Cuando llegaron a Ecuador y Santa Fe, observó el cartel del bar La Tolva con sus puertas cerradas.

—No puede ser… ¿Qué pasó con el Arrufat?

—¿El Arrufat? —dijo Octavio—. Hace años que lo cerraron.

—Yo pensaba lo mismo… Pero ayer. ¡Ayer estaba abierto!

—Está equivocado, Roberto. Cerró hace años. El dueño, un ruso, le envenenó el café a unos clientes, ¿no se acuerda? Claro, usted no vivió siempre aquí. Fue un caso muy famoso. ¡Si hasta salió en los diarios!

Se quedó callado, como no entendiendo. Octavio siguió hablando:

—Envenenó a una madre y a su hija, también a un adolescente que venía siempre, y a otra gente más. Dicen que después los cocinaba y se los

ofrecía a los clientes, como estofado. Un verdadero psicópata. No recuerdo como se llamaba.

—¿Vla…Vladimir?

—¡Exacto! El apellido se me borró. También andaba en cosas de brujería y espiritismo. Incluso, cuando cerraron el bar, usted sabe cómo es la gente, trajeron un cura para que bendijera la esquina.

Él recordó el gusto horrible del capuchino, y la pestilencia que llegaba de la cocina y una náusea repentina se le estranguló en la garganta. Se quedó largo rato observando la fachada, el frente de color marrón claro, las letras anaranjadas. Tan distinta a la sobriedad de El Arrufat.

—¿Vamos, Roberto?

—Sí, si —dijo.

Cuando faltaba una cuadra para llegar, le latía el corazón con fuerza.

Ya en Libertador, tenían que cruzar la avenida para alcanzar la parte principal del parque, en donde algunos corredores precalentaban.

La avenida, a pesar de la cuarentena, ardía de tránsito.

Esperaron que cambiara el semáforo, que parecía eterno.

Él miraba hacia todas partes, buscando a Marta.

En eso, el Tano apareció y se paró al lado de Octavio, que quedó en medio de los dos.

—¿Dónde está Marta? —le preguntó, por sobre la cabeza de Octavio —. Acá te lo traje al pichi.

—¿Me hablaba? —preguntó Octavio.

—A usted no, a él —dijo, y señaló al Tano.

Octavio giró su cabeza hacia donde él apuntaba, y después se volvió para mirarlo.

—Qué dice, Roberto, no entiendo. ¿A quién le habla?

—A él. No me diga que no lo ve.

Y fue en ese momento que apareció Marta. Venía caminando, lentamente, desde el extremo más lejano de la vereda. Era ella, más hermosa que nunca, y a cara descubierta.

Él se quitó la máscara y el barbijo. Octavio, que lo observaba, hizo lo mismo con el suyo.

—Sí —dijo—, para trotar será necesario quitarnos estos elementos.

No lo oyó. Miraba a Marta que avanzaba. Volvió a intuir que era una

trampa que le tendía, que era precisamente Marta la que lo iba a infestar con el virus mortal, ese que inoculan los muertos. Ahora se daba cuenta. Y en ese instante comprendió que no le importaba morir, si lo hacía con un último beso de ella.

Marta por fin llegó. Él le sonrió. Pero ella apenas si lo miró, y después tomó a Octavio de los hombros, y lo besó tiernamente en los labios.

Octavio se echó hacia atrás.

—¡Qué fue eso! —gritó— Tuve como una sensación de… ¡no puedo explicarlo!

Se dio cuenta: Octavio tampoco la veía a ella.

Cherro desapareció también de su vista. El semáforo había cambiado varias veces de color. Ahora habilitaba a una andanada de autos que se precipitó por la avenida.

Parpadeó, y sintió que lo agarraban desde atrás. Giró su cabeza y alcanzó a ver cómo las manos del Tano lo empujaban hacia el asfalto.

El Audi lo agarró de lleno, y lo levantó por el aire.

Octavio corrió, trataba de asistirlo, pedía auxilio a los gritos.

Los autos que venían detrás se detuvieron. Varias personas lo rodearon, pero ninguna se animó a involucrarse. El miedo al virus los alertaba de la imprudencia de acercarse demasiado.

Octavio fue el único que se inclinó a su lado, intentaba reanimarlo mientras le preguntaba:

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué se arrojó así al medio de la calle? ¿Por qué quiso suicidarse?

Cherro caminó hacia ellos, despacio. Se sacó el barbijo con un gesto cansado. Sonrió, apenas. No era una sonrisa de burla, ni de triunfo. Era una sonrisa casi triste, cansada.

Los autos seguían deteniendo su marcha.

El Tano se agachó, le habló casi al oído.

—Perdoname, Pelado —le dijo—, no te quise joder, en serio. Pero es lo que tenía que hacer, entendés. Y era lo que Marta también necesitaba. Como te habrás dado cuenta, Octavio era en realidad su víctima. Y vos… ya te habrás dado cuenta la víctima de quién. Necesitábamos juntarlos. Matar dos pájaros de un tiro, como dice el refrán.

Él, con lo que le quedaba de fuerzas, lo observaba con horror. Quiso decir algo, pero un vómito de sangre apagó sus palabras.

—Te lo dije, hermano —dijo Cherro, mientras se incorporaba y después pasaba su brazo sobre los hombros de Marta—. No todo es Covid en esta vida. No todo, hermano.

En palabras del autor: «Mi nombre es Sergio Bonomo y nací en el verano de 1966. Me asomé a la literatura desde muy niño, ya que mi abuelo poseía un volumen de El libro de las mil y una noches y me leía una historia cada mañana. Cuando aprendí a leer, fui atrapado por las novelas de Salgari y de Julio Verne. Más tarde llegaron a mi vida Horacio Quiroga, Ray Bradbury, y luego Julio Cortázar y Jorge Luis Borges. Pero lo que realmente me llevó a intentar escribir de una manera decorosa fue mi fascinación por la obra de Edgar Allan Poe. Comencé a escribir relatos desde ese momento. Me dedico a realizar espectáculos de narración oral y coordino el ciclo de narración de cuentos Mester de Juglaría. Con “Historia de extramuros” obtuve el premio al autor local en el Primer Certamen Nacional de Cuentos “San Martín 2008”, organizado por la municipalidad de General San Martín. Ángela Pradelli, Agustín Romano y Fernando Sorrentino fueron los miembros del jurado. Publiqué varios cuentos en revistas literarias, incluida Axxón. Mi relato “Fairlane” resultó finalista en el Premio Domingo Santos 2010, organizado por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror; en dicho concurso, fui el único autor finalista de nacionalidad no española. Fairlane fue publicado en el no. 214 de revista Axxón. En 2017, junto a los escritores Eduardo Poggi y Ricardo Giorno, publicamos el libro *El Fantástico Rioplatense*. Participo de diferentes festivales de narración de cuentos, como “Hecho en Argentina”, organizado por Pedro Parcet y Lucía Blomberg. En mi rol de Bibliotecario, trabajo activamente la campaña nacional de lectura de la Fundación Leer»

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: DETRÁS DE LA PUERTA (nº 209), FAIRLANE (nº 214), EL ANILLO (nº 218), EL SUBLIME INSTANTE DEL CAZADOR (nº 257), LA SEÑAL DE CAÍN (nº 259), “LA NOCHE DE LAS FIERAS” EN “FICCIÓN BREVE (SETENTA Y SEIS)” (nº 264)

Equipo

Axxón

Equipo de redacción: Gustavo Courault, Claudia De Bella, Carlos E. Ferro, Néstor Darío Figueiras, Ana Guido y Spano, Marcelo Huerta San Martín



Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**